

Capítulo segundo

Terrorismo y contraterrorismo

Federico Aznar Fernández-Montesinos

*En piedra puede acabar convertido
un corazón de sacrificar tanto.
Ah, ¿cuándo se hartarán? Papel divino
es ese, el nuestro es ir musitando
nombre tras nombre, como una madre
el de su hijo, cuando al fin el sueño
se apodera de las extremidades
que estaban agitándose sin freno.
¿Y no es esto el anochecer acaso?
No, no, no es la noche; es la muerte;
¿Fue inútil esa muerte al fin y al cabo?
Porque Inglaterra su palabra puede*

*cumplir por todo lo dicho y hecho.
Conocemos el sueño de ellos;
basta con saber que soñaron y están muertos.
Pero ¿qué importa si un amor sin tasa
hasta la muerte los enajenó?
Todo esto voy yo a escribir en rima:
MacBride y MacDonagh, el profesor,
Pearse y Connolly, el sindicalista,
ahora mismo y en tiempos venideros,
dondequiera que el verde sea exhibido,
del todo habrán cambiado todos ellos:
una terrible belleza ha nacido.*

Yeats, Pascua 1916¹

¹ YEATS, W. B. Antología Poética. Editorial Lumen, 2005. Versión rimada de Daniel Aguirre.

Resumen

El terrorismo es un fenómeno político basado en el uso mediático de la violencia. El terrorismo yihadista, amparado en el exterior, ha copado la imaginación de nuestras sociedades con un discurso sin anclaje alguno en ellas y matanzas indiscriminadas. La lucha contra él, es igualmente una actividad política a largo plazo, que debe desarrollarse concertadamente por el conjunto de la sociedad internacional y de modo acorde a los valores que les son propios, incorporando a las comunidades musulmanas que habitan sus territorios y aceptando que no se puede acabar con él completamente, sino degradarlo hasta umbrales aceptables.

Palabras clave

Terrorismo, yihadismo, salafismo, lobos solitarios, contraterrorismo.

Abstract

Terrorism is a political phenomenon based on the use of a certain violence. Jihadist terrorism, sheltered abroad, has captured the imagination of our societies with a discourse without any anchorage in them and throughout indiscriminate killings. The fight against it is also a long term political activity, which must be developed by the international society and in accordance with their values, incorporating the Muslim communities that inhabit their territories and accepting that it is not possible to end completely it but to degrade it to acceptable thresholds.

Keywords

Terrorism, jihadism, Salafism, lonely wolves, counter terrorism.

Aunque la formulación del concepto es relativamente reciente, el terrorismo ha existido prácticamente desde que el hombre se organizó en sociedades. Ejemplos a lo largo de la Historia no faltan, si bien es cierto que su uso como una herramienta (ilegítima) de la política se ha incrementado especialmente a partir de la difusión de los medios de comunicación social, desde la segunda mitad del siglo XIX, y de modo paralelo a su progresión. Y cuando la información se hizo global, el terrorismo también.

El terrorismo en tanto que hecho social, se extiende allí donde llega la sociedad. Si esta alcanza a Internet, a las redes sociales, hasta allí llega el terrorismo. Utilizando las palabras Glucksmann respecto de la guerra, esta «... es un choque de discursos, que no gana el mejor... sino el que abarca el campo de batalla... no sólo establece las condiciones de toda comunicación: es en sí misma, comunicación»².

La palabra terrorismo deriva del régimen político liderado por Maximilian Robespierre y que a su vez toma su nombre del célebre discurso que aquel pronunciara ante la Asamblea Nacional: «La virtud sin la cual el terror sería funesto, el terror sin el cual la virtud sería impotente». En él se relaciona una ideología, la virtud, con una práctica, el terror, en una ecuación que de alguna manera equipara a ambos términos; ideas que, además, enlaza con el realismo político encarnado por autores como Maquiavelo. Puede, incluso, ponerse en paralelo con algunos de sus más célebres dictados «el fin justifica los medios» o «son justas las guerras que son necesarias».

La conceptualización del terrorismo, debe subrayarse, tiene así inicialmente un origen estatal y aunque pasó a ser utilizado por grupos que se oponen a él, recurrentemente retorna sus orígenes. Con todo y como nos recuerdan autores como Laqueur o Hoffman, cuyo trabajo es una referencia constante en este capítulo, el terrorismo se ha desarrollado en forma de olas y experimentado toda una suerte de mutaciones que han cambiado desde sus agentes a su metodología. Y es que con la palabra terrorismo se encubre un fenómeno complejo que abarca una casuística muy amplia y variada que va desde su uso estatal hasta la violencia practicada por grupos de individuos y, que por sí fuera poco, su concreción práctica, también evoluciona con el tiempo.

Elementos del terrorismo

Definir un concepto social, conceptualizarlo, es dotarlo de límites; y los límites en la sociedad se construyen desde los consensos. Por eso no existe una definición del mismo internacionalmente aceptada, toda vez que esta situaría mecánicamente el fiel de la balanza de un conflicto al margen del poder de sus partes, y eso en conflictos vivos en los que toman parte podero-

² GLUCKSMANN, André. «El Discurso de la guerra». Editorial Anagrama, Barcelona 1969, p. 83.

esos actores cuya capacidad de acción se vería conculcada en pugnas reales y sustanciales en torno a la legitimidad y justicia. Por ello, no se consentirá en una definición objetiva que limite o mediatice las opciones políticas del poderoso.

La falta de una definición común se sustancia y resuelve con la elaboración de listas tanto a nivel estatal como supraestatal (ONU, Unión Europea...). Se trata de una definición operativa en la que quedan calificados como terroristas los incluidos en listas elaboradas *ad hoc*, lo que hace de este término un concepto de geometría variable condicionado tanto por los hechos como por los intereses y las sensibilidades de las partes hacia la materia en litigio.

En lo que sí existe consenso es en la definición de acto terrorista. Esta fue elaborada por la ONU en 2004 como resultado de los trabajos desarrollados por el Grupo de Expertos de Alto Nivel sobre las Amenazas, los Desafíos y los Cambios, y que entiende por tal a «cualquier acto, además de los ya especificados en los convenios y convenciones vigentes sobre determinados aspectos del terrorismo, los convenios de Ginebra y la Resolución 1566 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (2004), destinado a causar la muerte o lesiones corporales graves a un civil o a un no combatiente cuando el propósito de dicho acto, por su naturaleza o contexto, sea intimidar a una población u obligar a un gobierno o a una organización internacional a realizar una acción o abstenerse de hacerla¹¹».

Conforme a esta definición nos encontramos ante un acto violento e ilegítimo que incorpora una finalidad política con el que se pretende la intimidación de la población, para lo que se sirve de los medios de comunicación. El atentado es una herramienta, un instrumento, que se incardina como parte de una estrategia. Entremos pues en el análisis de estos elementos.

El terrorismo es un instrumento de la política

El terrorismo es una metodología, una estrategia que, junto con otras, se pone al servicio de una concreta opción política. Es pues una herramienta, un instrumento del que se sirve la política para sus fines. Implica acciones tácticas —la acción directa— llevadas a cabo para influir políticamente. Se encuentra muy focalizado, concentrado en ciertos blancos, siendo este junto al dinamismo su factor de ventaja frente a las grandes organizaciones que pugnan contra él. Desarrolla una estrategia de provocación con la que busca la manipulación emocional de los decisores políticos, bien directamente bien de forma inducida, esto es, a través de la presión social fruto del ambiente de alarma, consternación y angustia provocada por el grupo terrorista.

Son actuaciones que superan el ámbito en que se llevan a cabo, su objeto o persona que acaba convertido en un símbolo, y consecuentemente, pierden su dimensión humana para acabar cosificadas. Por ello, y para su correcta evaluación, se requiere de unas claves diferentes de medida a las de uso,

unas claves políticas capaces de trascender a los hechos que sirven a su encuadramiento y sitúen la acción en el contexto de lo pretendido por el grupo terrorista.

El terrorismo al igual que la guerra, es una actividad del espíritu, en la que lo decisivo es la voluntad, la sugestión. Se está derrotado cuando se acepta tal cosa y nunca antes. Vencer es convencer sobre la inutilidad de continuar la lucha, pretende que la parte contraria abandone cualquier expectativa de victoria y, consecuentemente, acceda a una negociación que le permita satisfacer sus objetivos más relevantes. Es una pugna de voluntades y, recordando a Glucksmann, «aquel que no retroceda ante ningún derramamiento de sangre llevará ventaja sobre su adversario»³.

La guerra es un choque de poderes y en tanto que tal es una actividad inherentemente política en la que el plano militar es muy relevante, por más que no sea el único en el que se dirima el conflicto. En la guerra asimétrica, el plano militar continúa siendo importante, pero la parte más débil viendo las escasas perspectivas de éxito traslada sus operaciones a otras áreas (economía, medios...). En este sentido el terrorismo puede ser analizado como un caso extremo de guerra asimétrica en el que la parte más débil abandona definitivamente el plano militar desplazando su actividad preferentemente hacia el plano mediático. Pero sobre todo puede definirse también como un enfrentamiento entre dos modelos estratégicos significativamente diferentes, con todo su abanico de corolarios que veremos más adelante.

Estamos ante un acto de comunicación, en el que la dimensión física, la violencia, no es necesariamente esencial. Es más, el terrorismo encarna una política que acepta la ilegitimidad de una práctica inicua para ser capaz de imponerse. Esto es, que se hipoteca y a la larga queda obligado al pago de un precio político al haber optado por obtener un rédito operativo próximo, excusando su proceder las más de las veces en una situación coyuntural de debilidad frente a un enemigo injusto y avasallador.

Por esta razón, para liberarse de la carga e hipoteca que su uso implica, suele desagregarse de los partidos políticos a los que beneficia con sus acciones, presentándose como su vanguardia y con ello, de la sociedad en su conjunto con la que trata de confundirse. Trata así de evitar que su causa asuma el costo político que su proceder comporta. A la contra, el terrorismo es negación no construcción; debe formar parte de una estrategia más amplia que incluya a otros grupos con los que alcanza una simbiosis nunca explícita.

De hecho, el terrorismo es una estrategia limitada y de aproximación indirecta. No trata de destruir o vencer tanto como de desacreditar y presentar al mismo tiempo una opción diferente y viable como esperanza. Es así violencia simbólica, una violencia con la que hacer pedagogía a través del tiem-

³ Glucksmann, André. «El Discurso de la guerra». Editorial Anagrama, Barcelona 1969.

po y la reiteración. Primero para introducir sus ideas y después para apoyar el debate, en una suerte de diálogo (diálogos, etimológicamente «a través de la palabra») que incorpora un suplemento de violencia con el que se golpea los intersticios de la sociedad para agitarla y, en la convulsión, propiciar la introducción de su marco ideológico de un modo pretendidamente «natural».

La política, y con ella el terrorismo también, se encuentra consignada a la gestión de la palabra primero y de su significado después. El lenguaje es capital en el terrorismo y, consecuentemente, en la lucha contra él. Y es que los nombres no son neutrales, escogerlos adecuadamente permite partir desde una posición de ventaja. A fin de cuentas, el lenguaje es uno de los primeros y principales terrenos de enfrentamiento; con él se define el marco y se fijan las reglas con que se desarrolla el conflicto. Imponer el lenguaje, señalar las palabras que han de utilizarse y apropiarse de las más importantes resulta capital. Un detenido puede ser un soldado, un delincuente, un narco o un terrorista según el nombre que se dé al conflicto o que la comunidad internacional acepte.

La legitimidad la otorgan las palabras y resulta un concepto capital, el objeto real de la lucha simbólica que el terrorismo encarna. No en vano violencia es fuerza sin legitimidad; y se transforma en autoridad cuando se dispone de ella. Michel Collins director de Inteligencia del IRA, se convirtió en jefe del Ejército irlandés tras la independencia. La legitimidad con la que se invistió con la victoria lo hizo posible.

El terrorismo no encuentra sus fines en la violencia sino que esta es un medio para el logro de sus propósitos por más que subyazca en su definición. No obstante, el maquiavelismo de la estrategia siempre acaba por confundir de un modo simplista fuerza con poder. El poder es algo más que capacidad de destruir; de hecho, es todo lo contrario. Es más, hay grupos que perdidos en la vía operativa a veces confunden fines y medios. Y es que el terrorismo no tiene un fin en sí mismo por más que se hayan dado no pocos casos de «deriva militar», esto es, de la prosecución de un conflicto al margen de sus razones. Esto sucede cuando la violencia pierde sus claves políticas, su racionalidad, y se reproduce a sí misma sin satisfacer finalidad alguna como consecuencia de la generalización que la ha auspiciado. El caso de unas FARC beneficiándose del narcotráfico puede resultarnos un ejemplo intelectualmente cercano.

Atendiendo a lo dicho, *acabar con el terrorismo pasa por acabar con sus razones*, que en su dinamismo se incardinan en una narrativa, un relato, que supone una lectura autónoma de la realidad —la política funciona través de percepciones— y que genera el espacio ético que hace posible la violencia. De no acabar con el relato, una generación de terroristas sucederá a otra sin solución de continuidad. Por tanto, la violencia que es lo que convierte la política en terrorismo, queda como el fenómeno mientras que la política es el nómeno. Este hecho es decisivo para poder afrontar la lucha. La raíz del te-

rorismo se encuentra en su ideología. Comprender esta resulta crítico para su derrota y más si es de raíz religiosa. De hecho, la falta de una doctrina sólida fue identificada en la década de los ochenta y noventa como un factor de debilidad de Al Qaeda.

El terrorismo es el arma de los débiles pues permite con la gestión eficiente de muy pocos recursos —algunos expertos cifran en torno a los quinientos mil euros el costo de los atentados del 11S, por ejemplo— la obtención de importantes réditos políticos.

Los atentados intentan no ser actividades aisladas sino recurrentes y que concurren sobre el discurso del grupo terrorista, su narrativa, que es el que dota de dirección y sentido a la violencia, incorporando en un mismo marco acción, mensaje y causa mientras recoge la esencia dinámica de su ser, constituyendo su dimensión espiritual, la espina dorsal que garantiza la conjunción de elementos materiales e inmateriales y se sirve de los medios de comunicación. No estamos ante la razón sino ante un proceso eminentemente emocional. Como apunta Glucksmann⁴: «se comunica mediante actos más que mediante palabras, o mediante actos que se añaden a las palabras y la acción se convierte en una forma de comunicación».

El terrorismo exige una *respuesta* de aquellos a quienes destina su mensaje. Al romper el orden de una sociedad interrumpe el flujo habitual de comunicación entre gobernantes y gobernados, es decir, supone una ruptura de la narrativa habitual de esa colectividad. Como consecuencia, el terrorismo se convierte en una narrativa de crisis, es decir, en la narración del desorden⁵. Por eso hacer visible el Estado en la lucha contra él es crítico.

Las narrativas hilvanan ideas pero también gestionan el silencio limitando los debates que pueden desarrollarse y los temas que han de ser tratados. Las narrativas, no son Historia pues construyen el pasado en función del futuro pretendido al tiempo que sirven por su carácter omnicompreensivo para el control mental de un sector amplio de la población que es simultáneamente el objeto y objetivo de esta lucha. El hecho de que toda la población sea un blanco potencial lo propicia. Esto se consigue generando una incertidumbre que es fruto de una calculada arbitrariedad que lo hace de difícil previsión.

La violencia como elemento consustancial del terrorismo

El elemento a considerar en el terrorismo después de la política es la violencia, en la medida en que es esta la que determina si una actividad política es o no terrorista. Y es que las ideas no son por sí mismas terroristas —la

⁴ GLUCKSMANN, André. «El Discurso de la guerra». Editorial Anagrama, Barcelona 1969.

⁵ ZURUTUZA MUÑOZ, Cristina; PÉREZ MARTÍNEZ, Víctor Manuel. «El mensaje de la acción terrorista: qué y por qué comunica». Universidad San Jorge. <http://cud.unizar.es/docum/16%20comunicacion%20czurutuza-vmpez.pdf>

calidad de una democracia, de hecho, queda medida por la gestión que hace de la diversidad, por el espectro de ideas y grupos que su voluntad inclusiva es capaz de incorporar; cuanto más sean estos más legítima es la democracia— sino que son los medios empleados para su defensa o diseminación los que posibilitan su definición. Parafraseando a Mao, si la guerra es básicamente un acto de comunicación que incorpora un suplemento de violencia, el terrorismo es una actividad política que se escenifica mediante el espectáculo de un cierto derramamiento de sangre.

La violencia, eso sí, solo se aplica aquí en dosis homeopáticas para el logro de concretos fines mediáticos y sociales (desestructuración), por eso el terrorismo al decir de Brian Jenkins es teatro, pues «no quiere mucha gente muerta, sino mucha gente mirando»⁶. Y este proceder tiene connotaciones míticas. Ares, dios mitológico de la guerra, tenía dos hijos *Phobos* (Miedo) y *Deimos* (Terror) que, no en vano, eran también hijos de Afrodita, diosa de la belleza. Este enlace, esta combinación, no es ni extraña ni casual, sino por el contrario muy real y humana; es el morbo, lo que Shelley denominaba el «turbulento encanto del terror», un poderoso factor de atracción mediático.

Su debilidad explica la violencia y el dinamismo que infieren a su actividad. El terrorismo es ofensiva a ultranza, no puede detenerse y debe conservar en todo momento la iniciativa, pues de perderla desaparecería de los medios primero para ser aniquilados inmediatamente después. Una violencia que no precisa de concretarse, ser efectiva, toda vez que el terrorismo se basa en la escenificación mediática del poder de un grupo con que este, realmente, no cuenta.

Teniendo en cuenta que la zona donde actúa el Daesh tiene el tamaño próximo al del Reino Unido y unos ocho millones de habitantes, su dominio a cargo de un colectivo que según la fuente podría cifrarse entre 30.000 y 70.000 efectivos solo puede ejercerse a través del terror, algo que, por lo demás, no desentona con la Historia regional. Y el terror es nuevamente imagen, no se trata de una colonización militar para el control de un territorio, sino de una colonización mental con vistas al control de una sociedad. El poder es estar presente.

El terrorismo como actividad mediática

A diferencia de lo que afirma el conocido mantra, la violencia no es inútil; de hecho esa es la razón por la que se encuentra proscrita, ya que de ser así su uso se hubiera generalizado. Puede ser equivocada, errónea según el plazo de tiempo que se considere, pero no resulta adecuado considerar que no tiene réditos. Eso sí, cuanto más se prolonga, más supone un lastre sobre

⁶ JENKINS, B. M.: «The Future Course of International Terrorism», *The Futurist*, vol. 21, n.º 4, 1987.

la legitimidad de la causa a la que sirve; pero, a corto, puede ser resolutive. La prolongación de la violencia terrorista, su no transformación en un movimiento social, lastra la causa, vacuna a la sociedad frente al aventurerismo de nuevas empresas y emponzoña los fines pretendidos por los terroristas con la podredumbre de la sangre derramada.

El poder es ante todo imagen, su secreto es que se utiliza poco, que es potencia no acto, por eso los medios sirven a la reducción del uso de poder y al parejo incremento en su eficacia en la medida en que son capaces de magnificarlo. Su principal atributo es erigirse y ser constructor de la verdad, de modo que este se ejerce a través de su producción. Solo tiene el poder el que tiene la verdad. Y esta se comprende mejor si es simple. La verdad debe explicitarse y la forma más barata e indiscutible de hacerlo es a través de una imagen que ayuda a no pensar. Esta es, en tanto que obra de arte y pese a sus apariencias, emocional.

Por eso uno de los elementos fundamentales que incorpora el terrorismo es una eficaz estrategia mediática; su diseño es esencial. *Los medios dotan al terrorismo de una visibilidad que no corresponde a su poder real.* Visibilidad y poder son términos sentidos como equivalentes. Por eso entre el terrorismo y los medios se desarrolla una relación simbiótica, en la que el mensaje no es la violencia sino que, muy diferente, se encuentra codificado bajo la clave de violencia.

En esta lógica, si hay algo en que coinciden las estrategias de al-Qaeda y el Daesh es en el activismo mediático, en el cuidado del mensaje y de los medios para su transmisión. El propio Ben Laden en una entrevista reconocía que ello suponía más del 90 % del esfuerzo en la preparación para la batalla. El Daesh ha ido aún más lejos si cabe incorporando las redes sociales, mejorando las labores de edición, incorporando las últimas técnicas de realización, al tiempo que incrementando exponencialmente el número de publicaciones, creando un potente entramado mediático y hasta secuestrando y utilizando a un periodista como presentador.

El peso de la propaganda tiene su reflejo tanto en la organización institucional del grupo como a la hora de la decisión. En su caso, su labor está más orientada a la radicalización y captación, así como al mantenimiento de la moral del grupo; esto es, más a su consumo interno y de afines que a la atemorización de Occidente, que también. En este marco inspirador, que se cite el nombre de la nación o que haya nacionales entre los decisores, sitúa el nombre del país en la mente de los terroristas lo que no puede ser una buena noticia.

El atentado terrorista es, parafraseando a Clausewitz, una prueba de las fuerzas morales de un grupo social por medio de un acto físico; es una puesta en escena dramatizada que precisa de sentido. De esta manera busca su sobrepolitización, y con ella una respuesta inadecuada al reto planteado. Se trata de imponer al Estado la necesidad de una reacción y provocar con ello

respuestas emocionales, irracionales y cortoplacistas que no respondan a una estrategia, desenmascaren al Estado y puedan ser utilizadas en beneficio del grupo. *El peligro del terrorismo se sitúa habitualmente en la respuesta que se da a los retos que plantea.*

La acción terrorista es una acción que comunica y, por tanto, constituye un mensaje. Ese mensaje está dirigido a unas audiencias determinadas, se transmite a través de unos medios concretos, se articula en un escenario pensado, mediante unas acciones también estudiadas y motivadas por unas razones claras. El fin último de ese mensaje es la ruptura del orden social⁷.

Es así fundamentalmente una amenaza generalizada que se pretende acreditar a través de la comisión de atentados; parafraseando a Dany Cohn-Bendit⁸, el terrorismo toma como rehén la imaginación del mundo entero. Una violencia que además es ilegítima, esto es, no es aceptada dentro del marco legal y cultural en el que se lleva a cabo; quede expresada la importancia de conseguir el rechazo de la violencia en términos legales primero, y culturales después.

Con el terrorismo la política se hace violencia y la violencia pedagogía, una pedagogía con la que enseñar al pueblo. Como Hitler señala: «el éxito de toda propaganda, sea en el campo del comercio o en el de la política, supone una acción perseverante y la constante uniformidad de su aplicación»⁹. Violencia y presión mediática se encuentran así asociadas; para ello se sirve de pulsos discontinuos de terror que se prolongan en el tiempo. Y contribuyen a la visibilidad a la causa. Como apuntaba un líder de la OLP: «La elección de los Juegos Olímpicos...ha sido como pintar el nombre de Palestina sobre una montaña que se ve desde las cuatro esquinas de la Tierra»¹⁰.

Su persistencia mediática ayuda a la colonización mental que le atribuye un poder con el que realmente no cuenta, multiplicando el impacto de sus acciones, cuya envergadura no queda plenamente identificada por el daño material de las mismas sino que ha de medirse en términos de impacto mediático primero y psíquico después. No obstante sí, a veces, parece que la desobediencia civil, la no violencia y el terrorismo han ganado la partida en muchas ocasiones, esto se debe mayormente al carácter tangencial de muchos de sus objetivos y a ciertos apriorismos, por lo demás no del todo válidos¹¹.

⁷ ZURUTUZA MUÑOZ, Cristina; PÉREZ MARTÍNEZ, Víctor Manuel. «El mensaje de la acción terrorista: qué y por qué comunica». Universidad San Jorge. <http://cud.unizar.es/document/16%20comunicacion%20zurutuza-vmperez.pdf>

⁸ COHN-BENDIT, Dany. La revolución y nosotros que la quisimos tanto. Editorial Anagrama, Barcelona 1987, p. 52.

⁹ HITLER, Adolf. Mi lucha. Ediciones Bausp, Badalona 1974, p. 109.

¹⁰ HOFFMAN, Bruce. Historia del terrorismo. Espasa Calpe 1999, p. 107.

¹¹ ARON, Raymond. Guerra y paz entre las naciones. Revista de Occidente, Madrid 1963, pp. 731 y ss.

Es un espectáculo en la medida en que para subsistir precisa ser noticia, que es lo que a su vez requieren los medios, generando una indeseada y diabólica concurrencia de intereses que precisa de debate y gestión pues la libertad de prensa pertenece al acervo de Occidente.

Para atraer al público debe ser capaz de reinventarse permanentemente a sí mismo a través de formas dramáticas que sirvan para convocar a la audiencia. La clave se encuentra en su capacidad de sorprender lo que le obliga a un permanente estado de mutación. Como resultado, su necesidad por estar presente, puede acabar generando una auténtica espiral de dramatismo, perdiendo entre sus acciones su sentido político.

En el mundo moderno, oponerse es más sencillo que explicar. La simplicidad de su mensaje, su reiteración machacona y una escenificación indubitativa le confiere ventaja desde la perspectiva de la comunicación política. Su práctica encarna la propia de un publicista; un mensaje, el simbolismo y la cualidad de lo inesperado, la sorpresa (inherente al buen uso de la inteligencia táctica), para atraer la atención del público objetivo, de sus distintos segmentos y audiencia. Es, como se ha dicho, un teatro en permanente búsqueda de público (y, por tanto, un fenómeno urbano), que pone luz sobre algunos debates y en el que las víctimas son cosificadas en pro de los objetos y símbolos a los que se ataca.

El desarrollo de las redes sociales ha llevado al terrorismo, en tanto que hecho social, a un nuevo campo. Así, tres minutos después de los atentados de Niza (2016) había más de 3.000 cuentas en las redes sociales, entre las que se encontraban 50 perfiles de Twitter que permanecieron activos durante 3 horas. Los atentados de la Sala Bataclán (2015) había ocurrido lo mismo pero, en este caso, los terroristas optaron por utilizar por primera vez perfiles de *telegram* —algo más novedoso— para difundir la masacre y amplificar su repercusión. Sus contenidos, en esta ocasión, permanecieron activos durante días, toda vez que no se tenía la experiencia previa¹². El ciclo de respuesta del Estado, con todo, se acertó y ganó en eficacia.

No obstante, estos son hechos enmarcados en un pensamiento estratégico mucho mejor elaborado que el establecido por cualquier otro grupo terrorista, en el que a la propaganda se le da más importancia incluso que al propio atentado¹³.

Siguiendo la estela de Piscasane el terrorismo es propaganda por el hecho. La repetición de la consigna en forma de atentados y un esfuerzo prolongado en el tiempo servirán para plantear un debate, difundir las tesis terroristas y socavar las convicciones de la contraparte. Con cada atentado se pretende una pedagogía que pasa primero por conmocionar a la sociedad para con-

¹² ESCRIVÁ, Ángeles. «El altavoz del terror del Estado Islámico». Diario El Mundo. 26-11-2016. <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/26/58385a4fe2704e2c3a8b45b5.html>

¹³ *Ibidem*.

vocar a la audiencia y, en su presencia poder plantear sus ideas, fijar las reglas para su realización e imponer las palabras a utilizar. La persistencia mediática, la repetición, servirá para el adoctrinamiento. Los medios en su permanente búsqueda de la neutralidad y la equidistancia, contribuirán a la familiarización con las ideas de los grupos terroristas, pero sobre todo, banalizarán las palabras y permitirán que se adopte su lenguaje. De hecho, serán un multiplicador que trasladará a los hogares de un modo simple, directo y reiterativo cada atentado y los debates que lleva asociado.

Se trata de una pedagogía sangrienta hecha en torno a una exhibición de confianza y fe en una causa que contrasta con una sociedad posmoderna y posheroica, con una época de ideas y conceptos débiles. Y es que la muerte violenta ha desaparecido de nuestras sociedades de no ser por los accidentes de tráfico, los suicidios o la represión estatal. Paradójicamente, la tasa de suicidio es, en los países occidentales (excepto en EE.UU. que la iguala), de 10 a 20 veces más alta que el asesinato común¹⁴. Un tiempo burgués en la que no se estila matar ni morir por nada sino vivir lo mejor posible. En este marco, no solo dar la vida por una causa sino ser capaz de quitarla o hacer ambas cosas al mismo tiempo, con la catarsis que implica, son elementos que por su radicalidad y en ese juego de espejos paradójicamente contribuyen a la legitimidad de la causa.

De este modo el terrorismo se transforma en ficción de poder, y la actividad que lleva a cabo es ficción de guerra; cuando se le atribuye este carácter obtiene una victoria sin paliativos. Las medidas que hayan de ser adoptadas para su concreción precisan primero identificar cuál es la amenaza, qué es lo que se ve amenazado y en qué grado. Es imprescindible concretar la amenaza para su correcta valoración. Esta debe hacerse en términos globales pero también midiendo la equivalencia entre política y estrategia, su coherencia y alineamiento que en su caso es significativamente alta.

Al final, cuando la emoción cede, las más de las veces, no puede entenderse la secuencia lógica que ha conducido finalmente a la violencia. Es una repentina incomprensión de acciones que, un momento antes, parecían completamente lógicas y naturales, envueltas en dinámicas propias y autoreferentes, lo único que queda sobre la tierra es la realidad, los muertos.

Valoración de la amenaza

Globalización y seguridad

La globalización se perfila como una de las piedras angulares del nuevo milenio, como un proceso imparables a juicio de no pocos. Pero no es un proceso

¹⁴ TILLY, Charles. Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990. Alianza Editorial, Madrid 1992, p. 111.

pacífico sino una racionalización hecha sobre la cultura y valores de Occidente. El centro de gravedad del mundo puede desplazarse hacia Asia-Pacífico, pero lo hace hablando inglés. Las fronteras se han visto superadas mientras, la seguridad y estabilidad se han sacrificado en aras del beneficio, el crecimiento y el desarrollo. La lógica del encuentro es hegeliana, basculante e iterativa.

Paradójicamente, un incremento de las relaciones trae consigo un incremento de los conflictos. Que existan conflictos es connatural a que existan relaciones. Todos los países del mundo, prácticamente, comparten fronteras, como por ejemplo los aeropuertos o internet, mientras flujos de todo tipo las atraviesan. La clave se sitúa en la conectividad que, si por un lado, es beneficiosa, por otro genera incertidumbres y peligros. El incremento generalizado de los presupuestos de Defensa que se experimenta actualmente puede explicarse en esa clave.

Y no todos los conflictos tienen que ser militares, ni substanciarse en guerras, especialmente los conflictos de identidad. Para ellos el campo de batalla no es una solución porque el problema subsiste de no aniquilarse al vencido; simplemente se contiene y desplaza en el tiempo. No se trata de ganar una guerra, que está ganada pues la balanza de las armas, debido al *gap* tecnológico, es manifiestamente favorable a Occidente, de empeñarse en ello; sino de ganar la paz, y que implica unos términos de mutuo beneficio, progreso y respeto, que es lo que se pretende; es este un marco que solo puede venir fijado desde la política y el diálogo. *La lectura en clave militar, de relaciones de poder, es no solo insuficiente y falsa sino perniciosa.*

Es más, la existencia de un terrorismo que clasificamos como global posibilita la existencia de una política antiterrorista global lo que a su vez refuerza las políticas globales de los Estados que combaten la existencia de tal fenómeno, con lo que hasta la magnificación de este tipo de terrorismo puede resultar en cierto modo y en algún momento hasta interesada para Occidente.

La existencia de reacciones negativas a este encuentro, si se mira en perspectiva, es natural y aun pequeña para la magnitud y escala a la que este encuentro se está produciendo. No se ha superado los niveles de conflictividad previos a la Caída del Muro; el 11S supuso un cierto repunte aunque el número de conflictos continuó disminuyendo hasta el fin de la primera década del nuevo siglo, en que se ha estabilizado y comienza ahora a repuntar de nuevo.

Ningún ser vive en la naturaleza con plena seguridad, para empezar porque no pueden ponderarse todos los factores que inciden en ella (por ejemplo, la caída de un meteorito; las películas de este tipo comenzaron tras la Caída del Muro), lo que en la práctica implica la aceptación de un cierto umbral de riesgo que puede reducirse a través de un esfuerzo creciente y asintótico con el infinito.

La seguridad absoluta no puede conseguirse; e incluso fijar altos estándares puede resultar contraproducente, al generarse un importante menoscabo de los derechos y libertades. Se hace preciso la fijación de un umbral de riesgo aceptable que concilie derechos y libertades fundamentales con la seguridad y sea, al tiempo, compatible con el marco cultural.

Además, la seguridad es una percepción difícilmente objetivable. Es una relación sujeto objeto. Cada quien se siente más o menos seguro no solo en función de las condiciones del entorno, sino también como fruto de su psicología y experiencia. En el Londres de la Segunda Guerra Mundial, la caída de «solo» una bomba tenía escasos efectos. El terrorismo genera interesadamente una percepción de falta de seguridad que afecta al marco en el que se ejercen las libertades. De hecho, la relación entre seguridad y libertad es no lineal, de modo que una falta de seguridad se dirime una pérdida de las condiciones para el ejercicio de la libertad; y por el contrario, unos requerimientos de seguridad muy exigentes pueden reducir sensiblemente el umbral de libertades.

La adecuada relación entre ambos términos y de estos con el orden, así como la aceptación de un umbral de riesgo, quedan determinados en cada caso por el entorno cultural considerado. El terrorismo puede verse derrotado si la fortaleza de la sociedad le permite el mantenimiento del mismo régimen de libertades aun en un entorno de menor seguridad, toda vez que de su proceder no se deriva consecuencia significativa alguna sobre la sociedad, sino una imagen de ello que, disuelta la niebla emocional, apenas tiene concreción y consecuencia, haciendo su esfuerzo irrelevante, si este no es recogido mediáticamente. Asignándole un papel irrelevante, el terrorismo a medio plazo se convertiría igualmente en irrelevante.

Cuantificación de la amenaza

El terrorismo se presenta como el gran riesgo de este siglo, tal vez porque no exista otro mayor. Y es que el riesgo que planteaban paradigmas no resueltos hasta la Caída del Muro, como la Destrucción Mutua Asegurada, hacían que hasta entonces y puestos en la balanza, problemas como el planteado actualmente por el yihadismo fueran de poca relevancia. Con todo y atendiendo al «*Global Terrorism Index*» correspondiente a 2012 solo 10 países de los 158 listados se libraron de su acción. El terrorismo se ha generalizado e incluso, la palabra se ha banalizado, haciéndose un uso impropio y desustancial del mismo. El terrorismo siempre ha estado presente entre las inquietudes de la comunidad internacional; ya en 1934 la Sociedad de Naciones comenzó a elaborar un proyecto con vistas a su proscripción. Este fue definitivamente aprobado en 1937 aunque nunca llegó a entrar en vigor.

Por la atención mediática que se le brinda —y que viene a coincidir con los que su naturaleza demanda, el terrorismo mata menos gente en Occidente

que los rayos en los EE.UU.¹⁵— pero con todo parece que está tomando el relevo de las grandes guerras que jalonaron el siglo xx haciendo que un fenómeno local se haya transformado en regional e, incluso, en global, dejando así de ser una mera táctica para convertirse en estrategia, y hasta acabar suplantando a la política en las relaciones entre civilizaciones.

El número de víctimas producidas por el terrorismo en Argentina y en el Ulster entre 1966 y 1976, a juicio de Laqueur, se sitúa entre las 6.000 y 8.000, menos que los producidos en un año entonces por la guerra civil libanesa o en un mes de la vivida en Camboya. Y eso se explica por la fascinación que su dramatismo produce y por el desarrollo de los medios de comunicación social¹⁶.

De hecho en 2006 el número de actos terroristas, entre los contabilizados hasta ese año, fue el más alto de la historia con 6.500, lo que supuso un incremento del 30 % sobre 2005 y 3,7 veces mayor que el de 2001; el número de muertos en 2006 fue de 12.000, un 46 % más que en 2005 y 2,6 veces más que los producidos en 2001¹⁷. El portal *Statista* muestra en un estudio de 2016 que, a pesar de los ataques terroristas en suelo europeo, el número de personas asesinadas por terroristas en los países de la UE en los últimos 12 meses, había sido inferior a las cifras que se registraron en las décadas de los años 70 y 80 del pasado siglo.

Desde el 11S hasta comienzos de 2017 han muerto en torno a 590 personas en una sociedad, la europea, que agrupa a cerca de 800 millones de seres humanos, cuando de promedio en la primera década del nuevo milenio han muerto en accidente de tráfico, solo en nuestro país, 3.000 personas.

Ciertamente estas no son magnitudes comparables toda vez que el peso político, simbólico y mediático de las acciones terroristas y su impacto psíquico en la población hace que, reducirlas a términos numéricos, cuantificarlas, las desustancie de un modo poco aceptable. El daño no se mide solo en clave de impacto físico y lucro cesante, sino que cada una de sus actuaciones plantea implicaciones de geometría variable de todo tipo. El miedo es libre y tiene precio. Piénsese, por ejemplo y en términos globales, en los costos derivados de las mayores medidas de seguridad en los aeropuertos.

La socialización del dolor y la amenaza genérica que se filtra en los hogares a través de los medios —los cuales recogen y multiplican casi por infinito las escasas ocasiones en que esta se sustancia en un atentado— unido a la inconcreción, a la arbitrariedad en la elección de las víctimas y a la incertidumbre sobre dónde, cuándo y contra quién van a actuar, explican el clima de terror, como puede ser, por ejemplo, en épocas antagonistas como la Na-

¹⁵ DAVID, Charles-Philippe. La guerra y la paz. Icaria, Barcelona 2008, p. 302.

¹⁶ LAQUEUR, Walter. Terrorismo. Editorial Espasa-Calpe, Madrid 1980, p. 294.

¹⁷ DAVID, Charles-Philippe. La guerra y la paz. Op. cit., pp. 42 y 43.

vidad. Eso permite cuanto menos una medida del poder del terrorismo, una medida psíquica, en términos de imagen.

Un incremento de nivel en la amenaza terrorista, casi desde su aparición, puede provocarla un incremento hasta exponencial en los daños, solo por sus efectos psíquicos y sin depender de su magnitud, en la medida en que se adivine dotada de una cierta credibilidad. Pero también existe un punto de saturación que puede ocasionar que, por más que crezca la amenaza y su concreción o si esta se mantiene estable en el tiempo, no haya respuesta de la sociedad que se ha adaptado e insensibilizado frente a ella, produciéndose una cierta «conllevanza» con el terrorismo. Este se incorpora a la vida social así como una pandemia más. Es una banalización del mal.

De hecho esto es lo que ocurre con una prolongación de la violencia terrorista, ya que a partir de un punto, y sin decir que pueda aburrir, se produce una pérdida de interés mediático por sus acciones que viene, por si fuera poco, parejo a un incremento en la eficacia de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado que han sido capaces de adaptarse al proceder terrorista siguiendo el principio de acción recíproca clausewitziano. Esto hace que las «acciones de baja intensidad» del terrorismo solo puedan ser útiles en un plazo más o menos prolongado de tiempo pero, en cualquier caso, limitado. A partir de ese momento sus efectos sobre el imaginario se reducen y quedan más en consonancia con sus daños materiales.

El propio Mao concibe el terrorismo como la primera de las tres fases hacia la batalla convencional, no en vano el marxismo es de tradición clausewitziana: terrorismo, consolidación territorial y batalla convencional. Así, un terrorismo excesivamente poderoso, deja de ser terrorismo para transformarse en otra cosa. El terrorismo genera daños, incluso grandes daños económicos, y extrae a la población de su zona de confort, es incómodo; pero por sí solo, no sirve para la obtención de una victoria rotunda. El reducido número del grupo es apto para operar (el secreto obliga a ello) no para vencer; y además, no dispone de capacidad ni intelectual ni humana para gestionar la victoria.

De lo expuesto hasta ahora puede inferirse que la amenaza terrorista no es una amenaza propiamente existencial. No puede ser un reto objetivo para la seguridad del mundo occidental, al menos en su estadio actual, simplemente porque la existencia de la sociedad en su conjunto, de todas sus individualidades, no se encuentra efectivamente amenazada —como supone el caso de una guerra— al no contar el grupo terrorista con capacidad de actuación en su condición de ficción, y por más que pueda provocar cuantiosas pérdidas económicas.

La amenaza así planteada, es poco más que una ficción, un orgiástico brindis al sol, que solo tendría alguna posibilidad de prosperar si pudiera dotarse de armas de destrucción masiva, cosa que, por otra parte, tampoco es nada fácil. Esto haría la amenaza que este fenómeno representa, que pasaría de meramente acreditar la voluntad de actuar a también sumar los medios precisos para ello.

Volvemos pues al terrorismo como actividad ficticia con un notable componente teatral y mediático. Pero tampoco puede considerársele una cuestión menor; este carácter no debe hacernos dudar sobre la importancia que tiene el daño que puede hacer a las estructuras de gobernación de las sociedades. *El terrorismo no puede destruir a las sociedades, es cierto, pero sí puede, «bien gestionado», cambiar un gobierno y subvertir el orden constitucional de un país, sus estructuras y alterar, aunque sea temporalmente, los valores que regulan su vida.* Un atentado no hunde un Estado, pero la propaganda sí puede hacerlo. Además, desafía, siempre de paso, su concepción weberiana, su condición de detentador único de la violencia legítima, mostrando con ello su impotencia e ineficacia.

Su actuación, que ni que decir tiene, genera importantes tragedias humanas, puede, bien dirigido, ocasionar gravísimos daños económicos (por ejemplo, si es dirigido contra el turismo como ha sido en Túnez, Egipto o Turquía; o el propio 11S) y auténticas conmociones sociales. Como Mao afirmaba «el orden sale del caos y el caos es necesario antes de fundar un nuevo orden». Pero la existencia del grupo social como tal no está amenazada porque para la concreción de la amenaza hacen falta voluntad y medios; y el segundo término de la ecuación, no cuenta con un valor sustantivo, pese a la imagen que se presenta.

Es decir, el terrorismo no ataca realmente al conjunto de los individuos; ataca y amenaza al sistema de valores del grupo social, a las estructuras de gobernación y a las normas de que este se dota, al tiempo que promueve la anarquía y la disgregación. Estas, queda entendido, son un medio para tal fin. Su objetivo es cambiar las conciencias; de ahí el uso pedagógico de la violencia. Una enseñanza que sirve para imponer su narrativa y controlar a la población, haciendo que su voluntad flaquee al no mostrarse el Estado capaz de obtener la victoria. Su éxito, su desafío, radica simplemente en existir.

Se trata, a fin de cuentas, de una violencia simbólica con la que se golpea mediáticamente en las líneas de fractura, en las costuras de la sociedad, en puntos que la historia y experiencia del pasado han convertido en multiplicadores del dolor, la incertidumbre y la ansiedad y que son perfectamente identificables por los terroristas en tanto que miembros del mismo corpus social. El terrorismo bien dirigido, aunque parezca lo contrario y con sus excepciones puntuales, siempre viene de dentro.

La sociedad obligaría a los decisores a dar una respuesta inmediata al reto planteado que satisficiese sus demandas de corte emocional y que, por tanto, no fuese necesariamente la más adecuada al dilema en el largo plazo. Esto, a su vez, le dotaría del estatus de víctima que, singular, significativa y recurrentemente, reclama con su proceder. Es la conocida estrategia o espiral de acción-reacción, una dinámica basada en la provocación con la que se trata de sumergir al Estado privándole de toda iniciativa y que resulta tan de uso por el terrorismo sobre la base histórica de su funcionalidad prácti-

ca. Es el juego de cambio de roles que se produce en la imaginación y como resultado de una perturbación que se trata de comprender y que al hacerlo, fuerza la duda.

Simultáneamente, también busca despertar las conciencias del grupo humano que le apoya provocando primero su agitación e intentando después hacerse con su representación al presentarse como su vanguardia, en tanto que ejecutor de sus anhelos más ocultos. También pretende con sus actos dotarle de esperanzas, estimulándoles, mostrándole que la victoria es posible y el deseado cambio, practicable.

Es más, pretende instrumentar la respuesta del Estado en su propio beneficio, exhibir con ella sus contradicciones, dar prueba de su encubierta opresión para con el grupo social cuya representación pretende ostentar. Todo ello debe contribuir a la movilización general de su base de apoyo, a su sublevación como resultado de la espiral subversiva que ha desatado con el uso inteligente y homeopático de la violencia.

Para ello le resulta imprescindible el manejo de la *iniciativa*, no dar tregua ni reposo al Estado para la reflexión y determinación de las políticas adecuadas para propiciar su victoria y, mucho menos, a su implementación, al tiempo que marca los ritmos de los acontecimientos. Así, este, queda cautivo de la iniciativa de una contraparte mucho más ágil y eficaz en el empleo de la fuerza y que, además, dispone de un ciclo de decisión más corto que el suyo. El resultado es que el Estado, especialmente al principio, no puede romper con la dinámica que le envuelve y escapar, mientras el terrorismo consigue reconducir y hasta devolverle su propia y devastadora fuerza. Y es que no existen estrategias reactivas que sean merecedoras de tal nombre.

Por otra parte, la medida de su capacidad, y por tanto su valoración como amenaza, junto con otros aunque muy significativamente, la dan la calidad de los enemigos. El terrorismo, solo es viable cuando se hace visible y es tomado en consideración. Cuanto más importantes son los enemigos, mayor es su calidad, hasta el punto de que si el Estado altera su normal funcionamiento para atender unas demandas formuladas de forma violenta, la amenaza es sentida como sustancial para su existencia y el grupo terrorista deja de ser banal para ser sentido como excepcional y, de alguna manera, realzado ante la sociedad en su conjunto y ante su grupo de apoyo especialmente; y con ello legitimado junto con su causa. Los terroristas, pese a todo, aspiran a ser reconocidos como soldados, por tanto, calificar la lucha contra el terrorismo como «guerra», de alguna manera legítima a este, al tiempo que eleva indebida e innecesariamente su estatus. Es, pues, un grave error.

Al tratar la problemática que plantea el terrorismo de tipo religioso, hay que entender que aunque las claves de un conflicto estén motivadas en las creencias, y el terrorismo se presente como tal, recordando a Carl Schmitt, el conflicto, una vez que surge es inherentemente político. Es necesario conocer las claves teológicas de su planteamiento, pero es preciso ser consciente de

que no es suficiente con ello. Hace falta aproximarse a las dinámicas, a otros elementos políticos, para proceder a un análisis integral, multidimensional, antes de hacer de la religión la piedra angular del conjunto del proceso. Es más, aunque sea así al principio, este lugar al final, se encuentra ocupado por la política.

Podría decirse, no obstante, que el principal conflicto que plantea el yihadismo, no es interreligioso sino intraislámico. Recordando a Freud en «El malestar en la Cultura», los grandes conflictos no se dan entre las grandes diferencias, sino entre las diferencias menores, siendo mayor la violencia cuanto menor es la diferencia. Ejemplos en Occidente no faltan, de hecho el caso judío, por su nivel de integración en Alemania principalmente, es el más notable. Los grandes conflictos no son interreligiosos sino intrarreligiosos, con las herejías.

Así el conflicto yihadista se constituye sobre dos ejes, uno primero entorno a la relación del Islam con Occidente y que ha provocado la fractura de las sociedades musulmanas con su transformación parcial al propiciar que las clases medias y altas se aproximen más a Occidente que otros segmentos de la población como el proletariado urbano y unas sociedades rurales que viven bajo parámetros tradicionalistas.

Y un segundo eje que tiene también su origen en la globalización toda vez que si Occidente y el Islam se han encontrado, el Islam también se ha encontrado consigo mismo y se ha hecho consciente de su diversidad (entre 1.500 y 2.000 millones de personas de los cinco continentes y un gran número de culturas) iniciando a su vez un proceso de racionalización en busca de un único Islam, de la ortodoxia, ya que esta religión no cuenta con unidad de doctrina y línea jerárquica con que cuenta el catolicismo, habiendo primado, como sucede en el protestantismo, la predicación sobre la doctrina. El islam es consecuente diverso, plural, mucho más de lo que lo es el cristianismo en su conjunto. Los debates sobre cual el islam verdadero no tienen respuesta porque, entre otras cosas, no hay quien indiscutiblemente pueda darla.

El rearme ideológico del salafismo

Mención aparte y especial merece el terrorismo yihadista. En primer lugar no estamos ante un terrorismo global, pese a que esta sea su pretensión. Para empezar porque la globalización, como ya se ha dicho, es un proceso en curso y que dista de haberse completado. El sistema de franquiciado adoptado por señeras organizaciones como al- Qaeda o el Daesh ha conseguido mitigar en parte esto, al adaptarse mejor en cada caso al marco sobre el que operan, pero el encaje sinérgico local global dista mucho de haberse alcanzado; de este modo, y pese a haberse propiciado un cierto alineamiento, no es apropiado por el momento, hablar de una agenda de nivel global.

Y es que el problema del yihadismo es que encarna una propuesta ideológica enraizada en la tradición islámica a través del salafismo moderno, que es el que le dota de raíces doctrinales al terrorismo, contribuyendo a su vertebración y pervivencia al tiempo que legitimando la violencia. Y además cuenta con un anclaje social importante en el mundo islámico así como con el crédito milenario de toda una tradición espiritual, de cuyo nombre se han adueñado para sus fines. El salafismo resulta un concepto clave para entender el yihadismo y merece que nos detengamos en el brevemente, pues no es el objeto de este trabajo, por su valor ideológicamente armamentístico.

La palabra salafismo¹⁸ deriva del término *Salaf al Salif*, los antepasados pios, y hace referencia a los *Rachidun*, los cuatro califas perfectos del mundo suní (Abu Bakr, Omar, Utmán y Alí) y, en términos más amplios, a las tres generaciones más próximas al profeta que, por tal motivo, son tenidas por más perfectas. Originalmente era y es una categoría teológica y, por tanto, no describe la condición política de quien la usa.

El salafismo es una propuesta con la que se pretende la purificación y estandarización de la doctrina como paso previo a la creación de un eventual Estado Islámico. De esta manera, combinan una terminología propia con un descarnado análisis de la realidad que, en algunos casos, se transforma en activismo revolucionario. Se concentra en la predicación con vistas a reforzar la fe, preservar la cohesión de la comunidad y defender el orden moral islámico; es una forma de lucha contra la tradición desde la tradición y a través del ejemplo que proclama un acercamiento literal y descontextualizado a las escrituras. Hasta cierto punto, los islamistas se centran en el Estado, mientras los salafistas lo hacen en la sociedad. Por ello, entra en relación directa con la educación.

En el salafismo prima el fundamentalismo, toda vez que no contempla el modernismo y rechaza las formas populares de conservadurismo por razones doctrinales, pero también por su acomodo a un poder vigente que no aplica en su integridad la *Sharia*. Es más, hay quien ve en él un fundamentalismo posmoderno al tiempo que una propuesta de retorno. Desde este punto de vista es un movimiento posislamista que hace un mayor énfasis en los aspectos doctrinales y de renovación, criticando incluso al islamismo por la falta de rigor religioso en su tratamiento¹⁹.

El salafismo es fideísta y genera un discurso que todo lo plantea en clave binaria. Se trata de un movimiento antirracionalista, es decir, contrario a los modelos lógicos y esquemas de pensamiento Occidental. Esto no es lo mismo que afirmar que es irracional, sino objeto de una racionalidad propia, la suya que es preciso comprender.

¹⁸ MEIJER Roel (Coord.). *Globalsalafism*. Hurst & Company, Londres, 2009.

¹⁹ *Ibidem*.

Por su propio origen, no es un movimiento único sino un magma, una nebulosa de ellos; por razones de idioma y cultura, muy influenciado por el mundo árabe, y puede hasta verse en él un intento por parte de estos y por recuperar las riendas del islam del que son fundadores. No es un grupo sino, más bien, un conjunto de ideas de modo que si por un lado aúna quietismo, claridad y universalismo, por otro también activismo, rigidez, disolución política y localismo. Como resultado incorpora una tendencia a fragmentarse fundamentalmente en torno a dos ideas: la violencia y la relación con el poder político.

Los movimientos salafíes, con basarse en categorías teológicas, encarnan la contradicción de incorporar con todo diferentes propuestas políticas; esa es la razón de su diversidad, además del individualismo. Es más, su purismo no ha podido escapar a los debates del presente y ha sido de facto secuestrado por otras luchas: antimperialismo, sectarismo, políticas de identidad... Su relación con el mundo es necesariamente conflictiva pues pretende su transformación; y en ella se inscribe su problemática con la violencia, toda vez que la realidad acaba por perturbar a la doctrina y esta es una respuesta natural a las tensiones doctrina-realidad.

La *salafiya yihadiya* es un salafismo que promueve el alzamiento y su juicio aúna lo teológico y lo operativo. En todo caso, no es un fenómeno monolítico sino, como siempre, plural y diverso que admite distintos objetivos, medios y métodos, en nombre de un islam que se pretende alcanzar por la fuerza. El yihadista es un activista que se siente religiosamente empoderado para transformar la sociedad por la mano, algo que la tradición islámica confiere al poder establecido y que en la práctica se le dota de una gran libertad de acción: «el yihadista conoce mejor».

El yihadismo

El 11S convirtió a al-Qaeda en el banderín de enganche de todos los descontentos con el orden mundial pero generó unas expectativas excesivas para las capacidades militares reales con que contaba esta organización y que no fue capaz de gestionar y satisfacer. Su capacidad operativa ha ido mermándose, al igual que su imagen: el 11S ocasionó varios años de caídas generalizadas en las Bolsas, el 11M varios meses y los atentados de Londres varios días. Al-Qaeda quedó prácticamente fuera de los informativos desde entonces y su lugar fue ocupado por el Daesh que, entre finales de 2013 y comienzos de 2014, se escindió de ese grupo y comenzó a reproducir su ciclo.

La atrición militar ha hecho que al-Qaeda haya experimentado tras el 11S un notable achatamiento de sus estructuras de dirección y control, fruto de su deterioro por la interacción militar, que la ha llevado a unos niveles de descentralización que hacen difícil la coordinación del entramado, afectan sensiblemente a su capacidad operativa y constituyen una vulnerabilidad

estratégica que ha hecho posible el reto del Daesh, el cual surge desgajado de sus estructuras.

Así, el 11S se convirtió en un techo que no ha podido superar por su falta de cintura política, por encarnar una propuesta religiosa que no es común fuera de Oriente Medio y aun allí, lo que ha derivado en su encapsulamiento geográfico; pero también, por haber parasitado conflictos reales cuyas claves ha transformando en religiosas (como por ejemplo el conflicto tuareg en Mali) y ha puesto a su servicio pero esto no ha permitido su resolución, lo que ha afectado a su legitimidad.

El principal logro de al-Qaeda fue desafiar a la primera potencia mundial y ser capaz de subsistir; pero más allá de ello, habría sido el haber sido capaz de popularizar el término, «yihadista», que sirve de apellido y mínimo común denominador a distintos movimientos locales, dotándoles de una cierta vertebración y generando sinergias a nivel global. Una nueva palabra con la que se trata de describir un fenómeno igualmente novedoso y que la acción al-Qaeda contribuyó a dinamizar. De tres grupos yihadistas a mitad de los años 80 se pasó más de 60 en el segundo decenio del nuevo milenio²⁰.

El movimiento yihadista viene a ser, hasta cierto punto y por su paternidad, una suerte de «alqaedismo». De esta manera, con su labor ha generado un espacio difuso, una suerte de magma, un híbrido polimorfo en una nebulosa semifranquicial, en cuyo imaginario y por su legitimidad —el 11S— al-Qaeda ocupa un lugar central, pese a su situación de debilidad actual, es un símbolo que tras extinguirse el fogonazo del Daesh, volverá con nueva fuerza. Su filial más operativa y mejor ligada al núcleo central es al-Qaeda en la península arábiga que es la que está llevando las acciones en el exterior²¹.

Tanto los miembros del Daesh como los de al-Qaeda no son unos psicópatas, sino actores distintos sustentados sobre algunas creencias religiosas. Algunos de ellos — otros manifiestamente no, sobre todo en el Daesh, donde la formación no es tan relevante al ser un movimiento en primer término insurgente; en al-Qaeda sin duda sí— están preparados, religiosa y políticamente alerta, como los revolucionarios clásicos. En esto hay diferencias sensibles.

Así mientras ben Laden pronunciaba discursos de horas dirigidos a un sector altamente formado, el Daesh ha sido capaz de difundir en un año 1.530 vídeos de alta calidad, con mensajes de 15 minutos especialmente dirigidos a jóvenes vulnerables y susceptibles de ser radicalizados rápidamente para quienes ha llegado a elaborar videojuegos específicos tratando de demostrar que el Estado Islámico existe y funciona en múltiples idiomas. En total, los técnicos del Daesh han elaborado hasta finales de 2016 unos 32.350

²⁰ JONES, Seth G. «A Persistent Threat. The Evolution of al Qaeda and other Salafi Jihadists»

²¹ *Ibidem*.

vídeos que salen de cuatro agencias «oficiales», disponiendo de una rama específica para Europa²².

El Daesh actúa con una base ideológica religiosa muy fuerte y asentada en la región: por eso ha conseguido el desbordamiento e implantación geográfica de su presencia, porque es, hasta cierto punto, un producto de la cultura local, se encuentra próximo a ella.

Al-Qaeda por contra, con todo, ha actuado con mayor cintura política, de modo más posibilista, ajustando su estrategia al logro de ciertos objetivos políticos concretos e incluso ha recomendado moderación en la aplicación de las normas islámicas. De hecho, en esta organización, la violencia contra los propios musulmanes ha sido identificada como uno de sus talones de Aquiles razón por la que ha eludido debates como el de la esclavitud que el rigorismo del Daesh ha restituido. La relación entre el Daesh y al-Qaeda trasciende estas diferencias.

Estas diferencias de liderazgo y doctrina se traducen en diferentes modelos estratégicos; si al-Qaeda apuesta por un terrorismo difuso, una agenda global en régimen de franquiciado, para despertar a la Comunidad, a la *Umma*, buscando en el largo establecer las condiciones objetivas que permitan proclamar el califato con garantía de éxito; el Daesh, un movimiento de corte más populista, opta por un modelo insurgente, el combate contra el «enemigo cercano», la abierta consolidación territorial y la proclamación del califato como una vía para la consecución de sus objetivos; su violencia se dirige primero contra los chiitas, después contra los sunís que apoyan a los regímenes apóstatas mientras los occidentales ocupan una tercera prioridad. Sus acciones en el exterior son realizadas, como veremos, por agentes espontáneos que no pueden desplazarse a la región. Si bien, y como también se verá, comienzan a haber casos, por más que minoritarios, en que no cuentan con su adiestramiento ni con su patrocinio.

Al-Qaeda apuesta por combatir en primer término al «enemigo lejano» y critica la obsesión por derribar los regímenes apóstatas sin antes haber derribado a quienes realmente hacen posible su supervivencia. Es más, el híbrido conceptual que es al-Qaeda, cumple con la lógica paradójica y de transformación implícita a la guerra al absorber elementos del enemigo. Esto es, sus yihadistas se occidentalizan al luchar contra los occidentales y la guerra acaba por convertirse en un espacio de intercambio, mutuo conocimiento y encuentro²³.

Las diferencias entre los grupos yihadistas no son religiosas sino políticas, esto es, referidas a los medios y estrategias con que se debe llevar a cabo su actuación: el emplazamiento y dimensiones del califato, su naturaleza o

²² ESCRIVÁ, Ángeles. «El altavoz del terror del Estado Islámico». Diario El Mundo. 26-11-2016. <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/26/58385a4fe2704e2c3a8b45b5.html>

²³ *Ibidem*.

no global, el grado de prioridad con que deben contar las acciones contra Occidente, la política a seguir frente a chiitas, marabutos y sufíes, el grado de exigencia con que se debe implementar la normativa islámica en las zonas sometidas a su autoridad... Ambos eso sí, aplican técnicas de márketing y utiliza la tecnología del siglo xx reinstaurar ideas que, pretendidamente, pertenecen al pasado, aunque en realidad solo están en su imaginario cultural.

Si al-Qaeda es difícil de combatir militarmente, el Daesh, por ubicarse geográficamente y practicar un modelo híbrido que combina insurgencia y terrorismo, lo es menos. Su proclamación lo liga a un territorio; de colapsar, su existencia como grupo terrorista en la misma forma y términos que al-Qaeda no sería posible, la *beia* perdería su vigencia, la obligación de emigrar a la región desaparecería y la *Sharia* dejaría de estar en vigor.

No obstante, hay una evidente falta de conexión entre la agenda yihadista y sus capacidades «militares» reales, entre los objetivos y los medios de que dispone para conseguirlos. Su actuación, la desarrolla simultáneamente en una doble dimensión no del todo desalineada en la que se aúnan simultáneamente terrorismo e insurgencia.

En primer lugar, tratando de erigirse en representante del islam, lo que supone la convalidación de su propuesta religiosa. Fruto de ello es una violencia horizontal —en forma de insurgencia o terrorismo, según el caso— dirigida a la transformación de la sociedad; y una violencia vertical, terrorista, que sirve igualmente al propósito anterior, dirigida contra Occidente y por ende, contra los líderes políticos locales, a los que consideran sus representantes en tanto que no aplican en su totalidad las normas islámicas. De este modo, el segundo plano de actuación sirve para situar al yihadismo a la vanguardia del islam, deslegitimar a sus enemigos políticos y contribuir a la victoria en el primer plano, auténtico eje sobre el que gravita su propuesta político religiosa. No en vano, algunas fuentes llegan a cifrar en el 95 % el número de musulmanes muertos como consecuencia de la acción de estos grupos.

La doble dimensión del terrorismo se manifiesta en la estrategia yihadista actual que, a nivel intraislámico, trata de beneficiarse de la situación de debilidad institucional y social de los países árabes; y a nivel supra manifiesta su compromiso mediante el empleo de los denominados «lobos solitarios» y algunas actuaciones y apoyos puntuales aunque con poca logística. Lo que a su vez se traduce a nivel local en una instrumentación de la violencia para fines operativos reales, en una insurgencia dirigida contra el poder establecido, mientras que a nivel global su uso es fundamentalmente instrumental y mediático, esto es, de naturaleza testimonial.

Y es que los atentados en Occidente tienen una mayor repercusión mediática, que otros incluso más importantes en términos humanos fuera de sus fronteras. Por ejemplo, el atentado en 2015 contra la revista Charlie Hebdo con 17 víctimas, concurrió con una masacre en Baga (Nigeria) que pudo haber provocado 2.000 y que apenas trascendió mediáticamente.

Los debates entre afrontar el «enemigo cercano» o el «enemigo lejano» conforman así fundamentalmente estrategias de elección de la matriz y grupos filiales. En la práctica el «enemigo lejano» ha quedado manifiestamente relegado a operaciones testimoniales cuando no a la acción de actores individuales (lobos solitarios). La dimensión local predomina, clara y manifiestamente, sobre lo global. No obstante, la violencia dirigida contra los propios musulmanes ha sido identificada como una vulnerabilidad estratégica por su sobreutilización.

Valoración del terrorismo en Europa. Los lobos solitarios

Las personas sanas no se radicalizan solas. Rara vez, el denominado «lobo solitario» o «actor individual» surge de modo aislado, independiente de un colectivo social, de un grupo de apoyo; y cuando lo hace, suele ser un psicópata. Las narrativas, en este caso salafistas, son fundamentales en las dinámicas de radicalización toda vez que son el eje que vertebra las desavenencias y en torno al que se estructura el grupo radicalizado. Se presentan como una salida «natural» para personas con problemas de adaptación al entorno social, de identidad o que quieran o pretendan romper con su pasado. El sumarse a un grupo les provee de una nueva identidad, les rehabilita, pone en valor al tiempo que les ofrece una expectativa de futuro.

Tales grupos no practican necesariamente la violencia ni la apoyan, pero incorporan una contradicción en la medida en que la aprueban y simpatizan con ella. De ellos se desgajan unos subgrupos ideologizados dotados de una dinámica propia, que entran en una espiral extrema cuasi esquizoide en su demanda de pureza; son los radicales. Pero eso tampoco hace de los radicales unos terroristas: apoyan la violencia y pueden realizar algunos actos ilegales, pero no necesariamente la practican. Es el siguiente salto cualitativo, un salto trascendente y de altura, no forzoso, resultado de un desarrollo continuo, el que los convierte en terroristas, normalmente de la mano de gentes que ya han derramado sangre, es decir, en relación con algún ente del franquiciado local.

La red se ha convertido en el marco para el encuentro. Internet ha permitido la creación de un espacio islámico que encaja en la naturaleza desterritorializada de su apuesta política y que permite la fusión de almas, la desagregación, el intercambio, la puesta en común y el adoctrinamiento. El vínculo local-global hace que la *Umma*, el gran espacio imaginario de definición universal, se ha construido en Internet.

Esta se ha convertido en una herramienta esencial para llevar la lucha a las sociedades occidentales de la mano de quienes residen habitualmente en ellas, superando así las dificultades logísticas y de preparación de los terroristas, mientras se desborda cualquier medida de seguridad al tiempo que se fractura la comunidad y se obliga a sus miembros a pronunciarse sobre una demanda moral clara.

No se trata ya de grandes y complejos atentados —de los que hay múltiples precedentes registrados de fracasos, saldados incluso con la muerte de quienes los preparaban por falta de adiestramiento— solo al alcance de unos pocos, sino de actuaciones más sencillas y caseras como atropellos, apuñalamientos... actos de impacto emocional ejecutados por gentes inspiradas, desgajadas del grupo, y por tanto, de muy difícil control policial. Y además que apelan a la responsabilidad personal de la comunidad musulmana. Se da con ello rienda suelta a la iniciativa individual y se proporcionan ejemplos de personas que, desde sus labores cotidianas, pueden actuar al servicio de la religión. Nuevamente una inspiración para el grupo.

Las distintas publicaciones periódicas de al-Qaeda (*Inspire*) y del Daesh (*Dabiq*, *Rumiyya*), les proporcionarían el punto de referencia desde el que mirar la realidad y que da pie a la narrativa primero y técnicas y objetivos contra los que proceder después.

En no pocas ocasiones los actos los ejecutan personas con problemas de definición identitaria (emigrantes de segunda generación, conversos, personas integradas en una contracultura...) que no terminan de casar con las sociedades de acogida y no se identifican ni se sienten parte. Para ellos la violencia, como apuntaba Franz Fanon en «Los condenados de la Tierra», se presenta como una suerte de actividad liberadora, un compromiso definitivo con una de las culturas que concurren en sus vidas. Abdenabid Kunja uno de los suicidas de Leganés, en una carta de despedida a sus hijos sostenía «no soporto vivir en esta vida como una persona débil y humillada ante los ojos de los infieles».

Lo que parecen los actos de violencia yihadista en Boston (cometido por los hermanos Tsarnaev con ollas a presión), Londres (atropello y degüello), París (apuñalamiento), Baviera (hacha), Ansbach (bomba), Niza, Berlín y Estocolmo (atropello) y Londres (atropello y apuñalamiento) obedecen a un patrón de terrorismo que ha optado para enfrentar a Occidente por reducir el papel de su núcleo central —diezmado por el eficaz acoso internacional— e iluminar la dirección a seguir a los miembros de la comunidad, para que sean estos los que convenientemente orientados, cometan los atentados con todos los medios a su alcance. Se trata de un terrorismo de corte anarco personalista con el que el yihadismo trata de superar la progresiva disminución del número de atentados yihadistas en Occidente y la aun mayor disminución en su eficacia, que ha acabado por sacar a esta organización de los medios.

Precedentes de estos patrones de actuación sobre «blancos de oportunidad» se habían detectado ya hace años en el Norte de África sobre los turistas; la metodología incluía igualmente atropellos, apuñalamientos y hasta un intento de volar un autobús con una bombona de butano. En Occidente tenemos los antecedentes de los apuñalamientos de Theo Van Gogh en 2004, del miembro del Parlamento británico Stephen Timms en 2010 o los asesinatos por arma de fuego cometidos por Arid Uka en 2010 y Mohammed Merah en

2011 (este último especialmente truculento y repugnante, pues entre las siete personas que mató se encontraban tres niños judíos). El caso de los lobos solitarios no incluye solo a miembros de al Qaeda, y conviene recordarlo, como es el caso del noruego Breivik.

Los ataques en París (Charlie Hebdo, Sala Bataclan) y Bruselas (aeropuerto, metro) fueron algo más complejos y ejecutados con una mayor profesionalidad y recursos, pero no requirieron de una gran logística ni de un armamento específico. Tampoco han desarrollado actuaciones coordinadas y simultáneas en varios países, lo que hubiera planteado un reto operativo de primer nivel, por la logística y apoyo humano necesario. Puede decirse que, hasta ahora, en Occidente han fracasado logística y armamentísticamente hablando. No hay grandes acciones.

Consecuentemente, existe una incoherencia entre el nivel de ambición manifestado por el yihadismo en Occidente y los medios dedicados al mismo. Por ejemplo, el Daesh podría ocupar en torno al puesto número cuarenta en el ranking mundial en cuanto a armas se refiere, pero eso no se traduce en un esfuerzo mínimamente equiparable en Europa. Por tanto, Occidente queda consignado como mucho, como un teatro secundario, sobre la base objetiva del esfuerzo que se dedica al mismo.

La atomización del terrorismo, ciertamente, muestra la vulnerabilidad de las sociedades que lo padecen, genera incertidumbre, fractura la comunidad, hace de las claves religiosas el referente necesario, separando a los creyentes y sembrando la desconfianza hacia los musulmanes, en la esperanza de que una sobrerreacción del Estado o de la propia sociedad, alinee definitivamente a los musulmanes que viven ella con su relato propiciando un choque entre comunidades. En cualquier caso, les dota de legitimidad y presenta como la vanguardia del islam ante sus propias sociedades, compensándoles mediáticamente de las pérdidas militares y de operatividad en otras áreas.

Conforme a los datos suministrados por EUROPOL en octubre de 2016 se calcula que hay en torno a 6.500 yihadistas procedentes de países europeos combatiendo en el extranjero, gente que ha recibido entrenamiento y formación militar. De hecho, el retorno de importantes contingentes de estos, que ya se ha producido, hace predecible la comisión de más atentados de este tipo a cargo de gente adiestrada, que mantiene contacto con la organización matriz y que ha probado su compromiso. No viene mal recordar, para entender la gravedad de su importancia, que los líderes del 11M contaban con experiencia militar, entendiéndose por tal el saber matar. Y es este, el atentado más importante en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

El mayor número de ellos son franceses con en torno a 1.700, seguidos del Reino Unido 760, Alemania 760, Bélgica 470, Austria 300, Suecia 300, Países Bajos 220, España 208, Dinamarca 125, Italia 110, Finlandia 70, Irlanda 30, Rumanía 1. En cuanto a terroristas fichados y vigilados respectivamente EUROPOL cifra en 15.000 y 3.000-4.000 en Francia, 9.500 y 550 en Alemania,

3.000 en el Reino Unido, 400 en Internet en Suiza, 285 y 40 en Países Bajos, 157 y 72 en Bélgica, 5 y 25 en Irlanda.

Estas cifras hacen ver que el problema no se haya fuera sino dentro y que las fronteras no son propiamente una solución sino parte del problema, toda vez la naturaleza imparable de la globalización que trasciende y permea las fronteras. El terrorismo es «interméstico», internacional y doméstico simultáneamente, y gestiona la frontera en su beneficio. Se desarrolla en estados fallidos, que sirven de campo de maniobras y desde ellos potencia la actividad terrorista. El grupo humano se divide entre el interior y el exterior.

En el caso español el pasado y una geografía también de frontera hacen más explícita la amenaza. Las referencias a Al Ándalus es una constante en la retórica yihadista; de hecho, algunos órganos de grupos terroristas reciben ese nombre. Al Ándalus tiene un componente mítico, en el sentido en que desde su caída se cifra el inicio de la decadencia del mundo musulmán. Además, las ciudades hispano africanas incorporan especialmente esta problemática.

Las cifras que plantea EUROPOL pertenecen, mayoritariamente, a ciudadanos y residentes europeos que incorporan varias identidades a un tiempo y que han podido hacer una opción de vida primando una de esas identidades hasta el punto de contraponerla a su condición de ciudadano y que, no por ello, pueden ser desposeídos de sus derechos en tanto que tales sobre la base del acervo democrático con el que se ha construido Europa.

Si muchos de los individuos considerados en el estudio de EUROPOL han reducido la suma de sus identidades a la contraposición schimttiana amigo-enemigo, en la que los amigos están fuera y los enemigos dentro. La posición de las autoridades no puede ser otra que seguir considerándolos ciudadanos y sujetos de todos los derechos por más que adopte tasadas medidas de prevención que no supongan una conculcación sin tutela de estos. Un juego difícil pero al que el mantenimiento de las esencias obliga.

En cualquier caso, conviene ponderar que el problema de la guerra es que tiene una dimensión y un sentido indudablemente político. Ese es su drama. La guerra se desarrolla con un ritmo, una intensidad y, como decíamos, un sentido político, por tanto no son acciones inconexas sino que estas tienen una finalidad clara con la que se busca el control eficaz de un territorio y una población y no solamente una imagen, una ficción de ello. Por ello, calificar de guerra la actuación yihadista es algo que les complace, porque les permite abandonar la ficción al tiempo que les dota del estatus pretendido.

Aun es más, la falta de armonía en el proceder yihadista hace de sus acciones mero ruido, que es precisamente lo que se pretende con ellas, obviando el carácter «sinfónico» con que cuenta la guerra y de la que es sucedáneo. Las acciones yihadistas en Occidente son mero ruido inconexo que acompaña a una propuesta política inaceptable y sin basamento ni raíz alguna

en Occidente; su discurso es una vía muerta en Europa, toda vez que no tiene acomodo en sus códigos axiológicos. Esto acredita el valor instrumental y orientado hacia otras áreas de sus actuaciones, una forma mediática de compensar pasos atrás en otras áreas.

Consecuentemente, estas acciones cuentan con un valor militar escaso, por decir algo. Por supuesto tienen un gran valor político y en términos de seguridad, pero las acciones yihadistas en Occidente distan de ser una guerra y de constituir una amenaza existencial. Ni en 2001 ni mucho menos ahora, se dan las condiciones objetivas para que un movimiento de este tipo triunfe en el mundo islámico a nivel global, o incluso, a nivel local.

Como ya se ha visto, el terrorismo es un instrumento de acción colectiva, una herramienta (ilegítima) de la política, en el que la impronta personal tiene su lugar pero no puede constituirse en el eje de toda actuación, si realmente se pretende llegar a algún sitio y no convertirse en un juego de suma cero; lo operativo en el terrorismo no puede suplir el lugar de la dirección política, ni esta inhibirse para posibilitar la supervivencia de una organización. La «yihad sin líderes» sobre la que se ha llegado a teorizar no tiene ningún sentido, aunque solo sea en Europa.

En el terreno operativo, Von Moltke ya apuntaba al hilo de la guerra franco prusiana, que los resultados de «dar armas al pueblo» eran la garantía de un fracaso cierto, al que se añade un derramamiento innecesario de sangre. La palabra «francotirador» deriva de ese tiempo y se refería a los franceses que desarticuladamente se resistían a los alemanes. La vanguardia de la comunidad, que pretende representar toda organización terrorista, parece haber dado en el caso de Occidente, un paso atrás para que la comunidad allí siga sola o bajo un tenue liderazgo; esto, en principio, no parece tener mucho futuro si no se dota al grupo de algún tipo de dirección, pese a que un hombre solo y determinado pueda hacer mucho daño, además de, algún tipo de discurso algo menos populista (con su comunidad) y algo más posibilista.

Estamos ante un problema político, de seguridad, cuyo marco de definición y resolución está en esos ámbitos, pero esta actividad en ningún caso constituye ni un problema existencial, ni un problema militar.

Lucha contra el terrorismo

Democracia y continuidad del Estado

Enfrentar el terrorismo es una tarea extraordinariamente compleja. En palabras de T.E. Lawrence «hacer la guerra contra los insurgentes es tan caótico y lento como comer sopa con un cuchillo»²⁴.

²⁴ LAWRENCE, T.E. Los siete pilares de la sabiduría. Editorial Óptima, Barcelona 2000, p. 154. Esta frase da título a la obra de Nagl, John A. Eating soap with a knife. University Press

La palabra contrterrorismo delata una dimensión negativa, en la medida en que plantea un carácter reactivo, surge y se define contra otro concepto. Es decir, no incorpora en sí misma sus razones, su ser, sino que estas le vienen de otro, del terrorismo al que se opone y que se cita como parte de la definición. Por eso, esta aproximación, de partida, resulta insuficiente. La lucha contra el terrorismo debe ir más allá de este y ser, por el contrario, expresión de la continuidad de los valores del Estado, una necesaria derivada de los mismos sin interrupciones, de la cual ciertamente deben surgir razones que determinen su contención primero y represión, después, pero sin que tal cosa sea necesariamente una «lucha», ni una alteración de su orden sino la prolongación natural de las esencias. Se lucha sin luchar realmente, como se hace contra la delincuencia, esto es, sin romper la armonía y centralidad del Estado. Para ello es preciso, imprescindible, buscar una dimensión positiva y, por tanto articuladora, para poder primarla y dotarla de continuidad.

Y es que la democracia incorpora per se una voluntad inclusiva, un esfuerzo por contentar aunque sea mínimamente a todos. No surge ni se goza en la represión. La cuestión no es que la fuerza utilizada sea la militar o de otra índole, toda vez que tan mala es una democracia militarizada como policial, si es que realmente una democracia así puede merecer tal nombre; la cuestión estriba en el menoscabo que del recurso a la fuerza se infiere para la legitimidad del régimen, lo que además propicia la deconstrucción de las sociedades en las que esta se instala. La democracia es el triunfo de la sociedad civil, su pleno desarrollo, y esta no puede construirse contra alguien —el chivo expiatorio— toda vez que esto además de ir contra su esencia, en ese supuesto, hasta se corre el riesgo de, perdido tan negativo apoyo, quedar coja.

De hecho el problema no es la fortaleza del grupo terrorista, ni la debilidad del Estado. El hecho decisivo es la debilidad de la sociedad, la existencia de profundas líneas de fractura que es lo que impide el establecimiento de un Estado fuerte. Una sociedad fuerte genera un Estado fuerte y viceversa. El terrorismo resalta las debilidades y contradicciones de la sociedad, pero estas son reales y anteriores a su violencia.

La definición weberiana del Estado como detentador del monopolio de la violencia legítima no puede restar luz al hecho de que el uso de la fuerza en una democracia real es, o debe ser, residual, porque el precio de tal cosa se mide en términos de legitimidad, ya sea frente a criminales comunes o terroristas. El poder es un tótem, es potencia no necesariamente acción, y se desgasta con su uso. La cuantía de la población carcelaria, de los descontentos con el sistema o de los que optan por no incorporarse y vivir al margen del mismo, afecta a la legitimidad y, con ello, al normal funcionamiento de las instituciones.

2005, p. XII.

Los valores de una sociedad no son aquellos de los que se hace prédica, sino de los que se hace práctica. Por eso no todos los métodos adversarios pueden ser asimilados por las democracias en nombre de la legitimidad, de la propia conservación o de la coherencia, en razón de la concepción de la libertad propia de ella²⁵. Esta lucha no puede afectar al sistema internacional, ni cambiar las sociedades condicionando su legalidad, sus valores o su privacidad. Los valores propios no se defienden cambiándolos. Ese precisamente sería su éxito.

La democracia es algo más que un Estado de derecho, unas elecciones o un sistema de balances y contrapesos; que también. Es ante todo una ética, una cultura, que implementa el espacio que va desde la norma hasta su puesta en práctica, una forma de hacer las cosas, así como un estado de deliberación permanente entre gobernantes y gobernados que garantiza una respuesta concertada y poderosa *per se*. Es, entre otras cosas, el gobierno de la mayoría ejecutado con respeto a la minoría. «La democracia ha perdurado porque sus instituciones están diseñadas para manejar formas moralmente arriesgadas del poder coactivo»²⁶.

Sobre esta base, tratar de hacer prospectiva sobre lo que debería ser la postura frente al terrorismo es reconocer su importancia y, con ello, en la lógica de lo apuntado hasta ahora, contribuir a su legitimación con el riesgo añadido de, en palabras de Mao, «*conducir a los peces allí donde hay más agua*»²⁷.

Una postura rompe con la continuidad antes aludida y además es un concepto estático, una forma que es difícil de aplicar a un fenómeno diverso y dinámico y que, por su rigidez, no termina de encajar con él en todos los casos por lo que, siguiendo el pensamiento de Shinmen Musashi,²⁸ quizá lo que conviniera adoptar es «la actitud de la no-actitud»²⁹ con la que se responde proporcionalmente en cada caso siguiendo de un modo reflejo los principios axiológicos que han permitido la conformación doctrinal de la democracia y que, como el agua, son adaptados a cada situación pero sin variar su esencia: «vencer es fácil, ser vencido es fácil. No vencer ni ser vencido; he ahí el verdadero Camino»³⁰.

Ciertamente la aparente debilidad de la democracia enmascara una fuerza arrolladora: la voluntad concertada de millones de personas. En este contexto, la actuación del Estado además de débil es tardía, aparenta ser ineficaz y

²⁵ DE PABLO PARDO, Luís María. *Prólogo* al libro de MAO TSE TUNG. La Guerra de Guerrillas. Editorial Huemul S.A. Buenos Aires 1966, p. 19.

²⁶ IGNATIEFF, Michael. El mal menor. Editorial Taurus, Madrid 2005, p. 27.

²⁷ MAO TSE TUNG. La Guerra de Guerrillas. Op. cit., p. 76.

²⁸ MUSASHI, Miyamoto. El Libro de los Cinco Anillos. Miraguano S.A. Ediciones, Madrid 2004, p. 111.

²⁹ *Ibidem*, p. 51.

³⁰ *Ibidem*.

puede, incluso, incitar a los agentes que lo combaten a tomar atajos. El Estado de derecho tiende a ir por detrás de los sucesos, rara vez por delante. Esa lentitud es el precio que ineludiblemente ha de pagarse al tener que gestionar un poder tan inmenso. Y sucede que, perdidos en el fragor de la batalla, a veces se olvida este hecho pese a su naturaleza capital; es más, la espiral acción reacción base en no pocas ocasiones de las estrategias de los grupos terroristas es un buen ejemplo de lo natural de este descuido; los grupos terroristas usan esta táctica tan manida simplemente porque funciona.

Podría afirmarse en este contexto, y la Historia, siempre maestra, respaldaría tal afirmación, que el terrorismo en su lucha contra la democracia solo puede prosperar cuando se cometen errores luchando contra él. La reacción es más peligrosa que la acción que la causa. Y es que, no hay nada peor que aceptar y asumir las propuestas del enemigo —esto es, reaccionar como ha previsto— así como los tiempos que este marca. En no pocas ocasiones, el vencedor es quien «supo resistir más tiempo, soportar más bajas y mantener su fe en la victoria»³¹.

Y es que cuando de terrorismo se trata, no dejan de proliferar las respuestas extremas que no aceptan que los problemas políticos, como el terrorismo, rara vez se resuelven sino que se gestionan. Y para ello se precisa firmeza, serenidad y paciencia estratégica pero también de persistencia.

El mayor peligro es la desmesura y el desenfoco a la hora de articular la respuesta. El terrorismo, pese a sus apariencias y por muy ilegítimo que resulte, es un fenómeno político y, por tanto, solo puede ser derrotado políticamente. Hay que seguir una estrategia y desarrollar los propios movimientos con independencia de los suyos. El desenganche estratégico es capital.

El terrorismo plantea su batalla en términos emocionales, en los que ni la verdad ni la racionalidad constituyen más que hitos o instrumentos solo importantes por su impacto psicológico. Pero el Estado no puede permitirse algo que en el largo plazo —y los Estados tienen vocación de eternidad— puede resultar contraproducente, además de contrario a sus esencias. La violencia no es inútil pero incorpora para el que la emplea severos peajes de los que no se debe dispensar a los terroristas; ellos pretenden dejar el pago para el futuro, vencer y no hacerlo. La extrema violencia permite sofocar el terrorismo, aunque conviene no olvidar lo dicho por Hannah Arendt cuando señala que «como la finalidad de la acción humana...nunca puede ser fiablemente prevista, los medios utilizados para lograr objetivos políticos son, más a menudo que lo contrario, de importancia mayor para el mundo futuro que los objetivos propuestos»³².

³¹ PIZARRO PIZARRO, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea. Tesis doctoral Universidad Complutense, Facultad de Geografía e Historia 2007, p. 465.

³² ARENDT Hannah. Crisis de la República. Taurus, Madrid 1973, p. 148.

El problema de combatir los grupos radicales es que estos se constituyen en torno a imperativos morales, siendo en Occidente la moralidad un espacio sobre el que el Estado no tiene jurisdicción hasta que los principios que promueven no se materialicen en una actividad ilegal. Es más, estos grupos pueden hacer una vida independiente del Estado del que forman parte pues cumplen sus leyes; la cuestión es que su demanda moral les separa de la sociedad que los acoge. El derecho a la intimidad se encuentra en los pilares de Occidente.

Es más, esto conceptualmente hace que debamos retrotraernos nada menos que al juicio de Tomás Moro en el Palacio de Westminster, cuando reclamaba su derecho a pensar lo que quisiera, hecho este que acabó por costarle la cabeza. La libertad de pensamiento el principal valor, el eje, desde el que Occidente construye su discurso, no es un producto eterno sino el fruto de toda una evolución. Su formulación se produjo durante la Ilustración, antes no era sencillamente concebible, procediendo su planteamiento al célebre juicio de Moro. Pero es que sus raíces están en el *cogito ergo sum* de Descartes, en la duda como metodología. Y esa duda arranca de la tradición de desconfianza y suspicacia, griega y romana que construyeron su sistema institucional como un juego de balances y contrapesos: dos cónsules, división de poderes... La isonomía y la isogoría, la igualdad ante la ley y la igualdad en el uso de la palabra, en los derechos políticos, devienen connaturalmente también de esos tiempos.

Occidente no es tanto la libertad como la duda. Occidente es la civilización de la duda de todo e incluso de sí misma, ese es su signo distintivo; sobre la duda se construye la tolerancia, porque una persona que duda tiende más a tolerar a otros que no piensan como él. La tolerancia incorpora aún un componente asimétrico que tiende a desaparecer con el reconocimiento y el tiempo, y entonces viene la igualdad; y de ahí llega por desarrollo natural la libertad. Y esa duda obliga incluso a escuchar las demandas del terrorismo porque, en no pocas ocasiones y países, los propios orígenes de la democracia son violentos.

La victoria es siempre propia de una sociedad fuerte no de un Estado fuerte, que también. Porque si la sociedad es fuerte y el Estado se debilita lo cambiará y nada sucederá. En Francia a la monarquía le siguió la I República, el Consulado, el Imperio, la monarquía, la II República...lo que hiciera falta para la sociedad. Y dudar de uno mismo no es ser débil, sino occidental. De hecho la duda es la base del progreso de Occidente. La falta de dudas es característica de ignorantes, talibanes... gentes que no sirven de ejemplo.

Seguridad y excepción

El terrorismo también obliga a efectuar sacrificios en nombre de la seguridad, que afectan no ya la libertad sino al propio acervo de las sociedades contra las que actúa. Un precio excesivo para las ventajas reales que pueden

obtenerse de tales renunciaciones. Por ello es preciso entender y valorar adecuadamente una cuestión clave. Mientras el terrorismo sea tal, la amenaza no es militar, por más que aspire o simule serlo, sino política. Y eso es un aspecto esencial a la hora de diseñar la respuesta.

La lucha contra el terrorismo requiere de prevención e incluso de medidas específicas. La cuestión se sitúa en los límites en que se debe desarrollar esta. El margen será mayor o menor en función de la naturaleza de la amenaza, precisándose la tutela judicial como una garantía legitimadora, aunque sabiendo que, con todo, se dejará parte de la legitimidad en la lucha, porque la imposición de restricciones ayuda a su limitación. Como apunta Hannah Arendt³³ la policía rusa no fue ajena a la revolución rusa.

No obstante, Michel Ignatieff³⁴, mirando la validez y permanencia de los derechos, considera que las excepciones no destruyen la norma sino que la salvan, siempre que sean temporales y estén justificadas como último recurso. De esta manera pretende establecer un equilibrio entre libertad y necesidad, entre el principio puro y la prudencia. Recuerda que los Estados deben adaptarse no solo a los criterios y estándares nacionales sino también a los internacionales, señalando como las democracias suelen sobre reaccionar ante un hecho terrorista comprometiendo con dicha reacción su propia legitimidad, que es el envite real que deben soportar. Aunque, recordando ahora a Carl Schmitt, «soberano es el que decide la excepción»³⁵.

De esta manera Ignatieff mantuvo un tiempo una postura pretendidamente equilibrada que obligaba a elegir entre el «mal mayor» (el terrorismo) y una serie de medidas que califica como «males menores», llegando a fundamentar (es verdad que con escrúpulos no exentos de notables contradicciones) limitaciones de determinados derechos, libertades y garantías propias del Estado de derecho³⁶, la tortura («el caso más difícil de la ética del mal menor»), el asesinato selectivo o la acción militar preventiva³⁷. No obstante después se arrepentiría y rechazaría estas fórmulas al constatar el precio de tal opción.

Y es que, una ficción deja de serlo cuando se considera real lo que, por otra parte, hace que la reacción sea siempre equívoca porque no deja de ser una ficción cuando ya la respuesta no lo es. Las medidas excepcionales deben ponderarse exquisitamente porque la mayor parte de las veces no son rentables y, desde luego, no se puede hacer de lo excepcional una norma habitual.

La actividad terrorista presupone un enfrentamiento entre diferentes modelos estratégicos y capacidades, lo que impide el isomorfismo clausewitziano

³³ ENZENSBERGER, Hans Magnus. Política y delito. Seix Barral, Barcelona 1968, p. 291.

³⁴ IGNATIEFF, Michael. El mal menor. Op. cit., p. 9.

³⁵ SCHMITT, Carl. El concepto de lo político. Folios Ediciones, Buenos Aires.

³⁶ IGNATIEFF, Michael. El mal menor. Op. cit.

³⁷ RODRÍGUEZ-VILLASANTE Y PRIETO, José Luis. El derecho internacional humanitario como instrumento en la lucha contra los actos de terror. Tirant lo Blanch, Valencia 2007.

de las estrategias militares, la tendencia de las partes a imitarse. Y es que, la guerra es interactiva y los contendientes, por inercia, tratan de superarse los unos a los otros sin límite en cuanto a la violencia teórica que van a utilizar; como resultado, al cabo de un tiempo terminan pareciéndose entre sí en infinidad de detalles y las diferencias iniciales que les separaban cuando comenzaron a enfrentarse terminan por desaparecer³⁸.

Los terroristas tratan de presentarse como si se tratara de un ejército aunque su proceder no se ajuste a las leyes de la guerra. La postura inversa, que sean los fuertes los que asuman los métodos de los débiles para enfrentarse a ellos, también tiene su atractivo, como Napoleón apuntaba «frente a los partisanos hay que actuar como un partisano»³⁹.

Y es que la asimetría lleva implícita una concepción novedosa de conducción de la guerra⁴⁰ e implica una importante tensión entre racionalidad y emocionalidad. Las partes implicadas en un enfrentamiento asimétrico corren el riesgo de caer en el nihilismo al traficar con el mal y utilizar unos límites que tienden a expansionar la violencia, y que pueden ocasionar que un enfrentamiento de ideales acabe convertido en un mero enfrentamiento de violencias, con una lógica propia y sin mayores propósitos⁴¹.

Los fuertes, los grandes, no saben hacer guerras pequeñas ni siquiera cuentan con la paciencia precisa⁴². No están preparados para aplicar esa metodología, por más que la guerra tienda a igualar a las partes, y no solamente porque sus sociedades no lo acepten, que también. En la guerra de Argelia:

«Los paracaidistas siempre han insistido en que se les dio un trabajo que no era el suyo, un oficio de policía para el que nadie les había preparado, y que enfrentados al dilema ellos o nosotros eligieron lo obvio. El empleo de los llamados interrogatorios «muscle» es algo que nadie pone en duda. En Argel se empleó la tortura para conseguir información que permitiera terminar con la oleada de ataques terroristas. Los franceses insisten en que sus víctimas no fueron tratadas ni de lejos como lo habían sido los soldados franceses en manos del FLN, y es cierto, pero la crisis de conciencia provocada ocasionaría un terremoto político»⁴³.

El terrorismo es un acto de provocación que pretende la denuncia y el cambio de roles, lo cual no es difícil porque la lógica del proceso no es la lineal,

³⁸ PIZARRO PIZARRO, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea. Op. cit., pp. 5 y 6.

³⁹ ARON, Raymond. Pensar la guerra, Clausewitz. T. II. Ministerio de Defensa, Madrid 1996, p.197.

⁴⁰ JORDÁN, Javier y Calvo, José Luís. El nuevo rostro de la guerra. Ediciones Universidad de Navarra, Barañáin 2005, p. 42.

⁴¹ IGNATIEFF, Michael. El mal menor. Op. cit., p. 11.

⁴² GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés; MORÁN BLANCO, Sagrario. Asimetría, guerra e información. Editorial Dilex, Madrid, 2009.

⁴³ PIZARRO PIZARRO, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea. Op. cit., p. 432.

sino dialéctica, una lógica de transformación. El terrorista utiliza las respuestas del Estado para presentarse como un amante de la paz inevitablemente compelido a la acción mientras el Estado, del que solo se visualizan sus atribuciones coercitivas, es presentado como represor.

La respuesta del Estado de derecho, como ya se ha visto, es siempre tasada y lenta, parece ineficaz pues la utilización de la fuerza en este marco es, por principio, residual y reactiva. Pero su poder es incontestable. El Estado sí puede permitirse perder para ganar. No le merece la pena el precio de una victoria rápida, porque en este precio van incluidos los intangibles y parte de su alma. Es fuerza, poder, si hay legitimidad, y violencia si no la hay. La clave es, por tanto, la legitimidad pero también una victoria que todo lo santifica.

Hoffman, aludiendo a las acciones represivas de las fuerzas francesas durante la guerra de Argelia, cita al general Massu cuando afirma que «los inocentes merecían mayor protección que los culpables» para señalar a continuación como la acción represiva de los paracaidistas favoreció la movilización de los argelinos y deslegitimó a sus fuerzas ante su propia opinión pública⁴⁴.

Así, Francia en Argelia no podía vencer decisivamente ni traer de vuelta el Ejército a la metrópoli, con lo que su opinión pública se hastió y acabó por imponerse la retirada. Una democracia liberal no libra una guerra contra sus propios principios ni contra la voluntad de quienes no se quieren dejar dominar, es imposible asimilar y a los que ningún acto de terror convertiría al patriotismo francés. La clave del problema era más propiamente política que militar. La población musulmana, por persuasión o por terror, se ponía del lado de los rebeldes, un enemigo al que los coloniales no lograban distinguir.

Como prolongación de este razonamiento la denominada guerra sucia resulta equívoca en una democracia cuya legitimidad está en el consenso de la comunidad. Cosa distinta es una dictadura cuya fuente de legitimidad solo radica en la eficacia. Consecuentemente, el fracaso de la guerra sucia en democracia obedece a tres razones.

En primer lugar, pervierte la célebre ecuación de Clausewitz al suponer la subordinación de la política a la táctica, esto es el pago de un precio político y permanente por una victoria puntual y efímera que además muy difícilmente va a resultar resolutoria; aun es más, en este envite no se resuelve el problema porque el centro de gravedad del terrorismo no son las personas sino su discurso, la narrativa que queda incólume, cuando no reforzada, y servirá para la producción de nuevas generaciones de terroristas. Por tanto, la guerra sucia, sin opciones reales de resolver el problema, arriesga la principal baza del Estado, que es su legitimidad y el no reconocimiento de los terroristas como parte. El terrorista en tanto que delincuente es sujeto de la ley común; cualquier otra acción modifica su estatus y realimenta su discurso.

⁴⁴ HOFFMAN, Bruce. Historia del terrorismo. Op. cit., pp. 92 y 93.

Los excesos no pueden ser asumidos. Con ello y siguiendo la dialéctica clauswitziana se está igualando a las partes, sin conseguir nada a cambio y con menoscabo interno y externo del Estado. Piénsese en el precio político medido en términos de legitimidad e imagen que pueden suponer unas fotografías como las de Abú Graib en todos los escenarios (y no solo en Irak) en que los EE.UU., en el presente y en el futuro, tenga desplegadas tropas, frente a las más que limitadas ventajas tácticas que como resultado de las prácticas realizadas no hubieran podido obtenerse; y eso al margen de que la Administración norteamericana no hubiese autorizado semejante proceder.

En una democracia real del siglo XXI, no puede existir «terrorismo de Estado», porque el Estado no asume una violencia que rechaza y le contradice así mismo, por más que pueda estar implicada alguna de sus ramas, mientras el sistema de balances y contrapesos reaccionará frente a este desequilibrio; si acaso, a lo más existe un «terrorismo de gobierno» que el Estado precisamente está obligado a combatir y cuya legitimidad solo reinstaura cuando lo destruye. La célebre «Ley de Sospechosos»⁴⁵ de la época jacobina hacía de cualquier sospechoso un culpable por el mero hecho de serlo y supuso una mancha políticamente innecesaria en el salto adelante que fue la Revolución francesa. En la lucha contra el terrorismo, y esa es la experiencia española, se ha de ser irreprochable. Treinta años después la sociedad debe sentirse orgullosa de como procedió llegado el trance.

Cabe concluir otra vez que el problema no es militar —este está resuelto de antemano, la clave no es ganar la guerra, sino ganar la paz—, ni siquiera de Seguridad (aunque el arresto de terroristas es un paso adelante, son estrategias de contención) sino principalmente político. Y el Estado social y democrático de Derecho, debe ser la piedra angular del discurso propio.

El papel de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado

Ineludiblemente, la lucha contra el terrorismo debe contar con elementos coercitivos que atiendan físicamente y planten cara al reto que este plantea. Si bien estos, considerando la lógica expuesta, deben reducirse a sus térmi-

⁴⁵ «Artículo 1. Inmediatamente después de la publicación del presente decreto todos los sospechosos que se encuentren en el territorio de la República y que estén aún en libertad serán detenidos. 2. Se considerarán sospechosos: 1.º Los que por su conducta, por sus relaciones, por sus propósitos o sus escritos, se han mostrado partidarios de la tiranía o del federalismo y enemigos de la libertad; 2.º, los que no puedan justificar sus medios de existencia y el cumplimiento de sus deberes cívicos; 3.º, aquellos a los que se hubiera negado el certificado de ciudadanía; 4.º, los funcionarios públicos suspendidos o destituidos de sus funciones por la Convención nacional o por sus comisarios, y no rehabilitados; 5.º, los hasta ahora nobles, comprendidos los maridos, mujeres, padres, madres, hijos o hijas, hermanos o hermanas, y los administradores de emigrados, que no hayan manifestado constantemente su adhesión a la revolución; 6.º, los que han emigrado desde el 1 de julio de 1789, aunque hayan vuelto a Francia. [...]».

nos mínimo a los efectos de no reconocer su fuerza, y con ello su legitimidad, y no desgastar el poder, y con ello también la legitimidad, de la democracia. Pero también y al mismo tiempo, la sociedad debe sentirse segura. El Estado, y con ello la seguridad, debe ser visible puesto que el terrorismo supone su cuestionamiento, *salus populi suprema lex*. La prevención es necesaria pero también debe ser muy tasada. Se precisa un equilibrio entre conceptos bien distintos.

El trabajo que ha de emprenderse consecuentemente podría calificarse como de cirugía no invasiva (o cuanto más mínimamente; incluso mejor aún, que sea su propio grupo social quien les expulse): con vistas a extraer los elementos subversivos del núcleo social con el que tratan de confundirse sin dañarlo. Es ciertamente una función policial que ha de ejercitarse con pericia y un control estricto de modo que pueda evitarse que la parte se confunda con el todo, y el fin con los medios. Es un trabajo de profesionales, de policías. Con el terrorismo se acaba con pedagogía, pero mientras esta hace efecto, deteniendo comandos.

No se debe escenificar esta lucha como si de una guerra se tratara, porque en la definición del contendiente podría incluirse íntegramente, por ejemplo, a la comunidad musulmana en su conjunto propiciándose la fractura de la sociedad y el choque intercomunitario, el escenario peor de los posibles.

Simultáneamente y como se decía, el Estado debe de hacerse visible y mostrar su voluntad de restaurar el orden y devolver la tranquilidad, en este escenario y con tal propósito, puede ser necesaria la presencia de las Fuerzas Armadas aunque sea para restituir la imagen de poder, y al margen de consideraciones operativas y de seguridad a las que también ayudaría.

Lo importante y lo urgente corresponden a planos de valoración distintos y que no deben superponerse. La policial es una respuesta necesaria y a corto, pero que no debe de hacer olvidar las políticas orientadas al largo plazo y que atienden al fondo del problema.

La utilización de las Fuerzas Armadas en esta lucha más allá de cuestiones puntuales, derivadas de la visibilidad o de la falta de personal, encarna ciertas ventajas pero también algunos inconvenientes toda vez que se está contraponiendo a un movimiento dinámico, un componente estático, lo que hace vaticinar su carácter poco efectivo.

Y eso no solo requiere de preparación y pericia, sino de una cultura, una doctrina y habilidad específica en la que el soldado, por principio, no tiene por qué estar preparado. De hecho, el tipo de conflicto le obliga a realizar labores hasta de inteligencia interna, cosa que se manifiesta alejada de una cultura asentada sobre la lealtad, la obediencia y el compañerismo. El militar, por norma general, entiende mal la vileza y perversidad inherente a la práctica terrorista; esta escapa a su cultura y concepción del mundo. Todo ello, unido a los graves problemas culturales y éticos que se le plantean y las contradicciones en que se desarrolla su actividad, puede acabar socavando su moral.

Aun es más, esta incapacidad para resolver definitivamente un conflicto que se prolonga en el tiempo, puede provocar la pérdida de la ecuanimidad y errores al tratar de obtener resultados en el corto plazo (que es normalmente el marco habitual de su trabajo) a la vez que frustración y exasperación en el colectivo, haciendo fácil caer en la indeseada espiral acción reacción (acción represión) y presenta a las Fuerzas Armadas como enemigas de la parte de la sociedad de la que los terroristas se autodesignan representantes. El resultado es que, a corto plazo mejoran las políticas de seguridad pero a largo plazo, de implarse en labores policiales, incorpora severos peajes políticos que pasan por el reconocimiento de la importancia del grupo terrorista y su capacidad.

Para el grupo terrorista la entrada de las Fuerzas Armadas en la lucha supone una verificación de sus propuestas deslegitimadoras. Esta, a la inversa de las Fuerzas Armadas, se paga en términos operativos, pero sus réditos se obtienen en el ámbito de lo político. Se trata a la postre de una victoria en la medida en que encarna un reconocimiento de sus capacidades toda vez que fuerza al Estado a realizar una actuación excepcional.

El debilitamiento operativo de los terroristas, la presión, sirve para cohesionar el grupo y, lo que es más importante, fortalece su discurso, mientras le dota de una visibilidad y atrae la atención internacional. Su actuación está orientada en la explotación de las fisuras no militares del oponente, el aprovechamiento violento de las constricciones del Estado de derecho y del Derecho Internacional, la búsqueda del colapso social del enemigo a través de operaciones de pequeña entidad o la prolongación de las operaciones. En palabras de Raymond Aron «los guerrilleros ganan la guerra cuando no la pierden y quienes luchan contra ellos la pierden sino la ganan»⁴⁶. Los terroristas están altamente motivados.

Así, los terroristas tratan de identificarse con los militares, ganando puntos en la batalla narrativa, mientras actúan sin someterse a sus estreñimientos aduciendo su excepcional situación de debilidad. Esto, unido al victimismo característico, contribuye al reforzamiento ante su grupo de apoyo del cual se presentan como conciencia, mostrando al conjunto del Estado y a sus Fuerzas Armadas como si se trataran de unas fuerzas de ocupación ajenas por completo a la sociedad en cuyo nombre dicen actuar.

Así, cuando a finales de los setenta, las Fuerzas Armadas británicas operaron en el Ulster como fuerza de interposición ante el desarrollo de una escalada de violencia, el IRA hizo ver que no eran fuerzas neutrales ante hechos como el arresto en 1971 de cientos de católicos de los que solo unos pocos resultaron acusados. Son los peligros de una respuesta que el terrorista invariablemente trata de utilizar para legitimar su causa sumándola a su monólogo, lo cual requiere su uso meditado y extremadamente cuidadoso.

⁴⁶ ARON, Raymond. Pensar la guerra, Clausewitz. T. II. Op. cit., p.197.

Aun es más, la actuación del Ejército británico tras el levantamiento de Pascua de 1916 en Irlanda y las ejecuciones que siguieron a este, convirtieron en mártires a quienes hubiera podido presentar como peligrosos para la comunidad y para sí mismos además de torpes e incompetentes. La independencia de Irlanda está ligada a esa acción represora. El poeta Yeats supo captar magistralmente ese momento en el poema que da entrada a este capítulo, la terrible belleza surgida y que acabó por dar a luz la independencia de Irlanda.

La utilización directa del poder militar en la lucha contra el terrorismo es una cuestión que ineludiblemente llama la atención de la comunidad internacional y, consecuentemente, contribuye a la visualización del conflicto que se convierte en foco de interés para una sociedad internacional sensibilizada por constatados excesos (a los que de cierta manera se pone en paralelo), y que se mantiene vigilante a través de mil ojos distintos (unos a favor, otros activamente en contra y recurriendo a los medios, algunos manipulados por los terroristas) frente a cualquier actuación desproporcionada. Surgen dudas y todos tienen una opinión.

De hecho, uno de los objetivos de los terroristas frecuentemente es la internacionalización del conflicto toda vez que esta supone una ampliación del marco en el que este se desarrolla. Al ampliar el marco la diferencia de capacidades de las partes se diluye al tiempo que se introducen en el escenario nuevos actores susceptibles de modificar por su intervención la composición de fuerzas vigentes.

Esa misma comunidad cuando mira al conflicto no puede evitar ver en él dos partes perfectamente diferenciadas y buscando la «neutralidad» tratar de entender al otro — para ello hay que aproximarse a él, ponerse en su lugar—, lo que supone de partida además de exportar el discurso, un plus de publicidad y de legitimación. Los manifiestamente débiles, los *freedom fighter*, errados o no, siempre inspiran simpatía.

En este esfuerzo de una forma u otra, a veces más y otras menos, se diluyen los distinguos con lo que se está produciendo, explícita o implícitamente, la equiparación de quienes se visualiza como contendientes; la sangre cuando se derrama lejos, si se ve emociona menos, aquí las razones son más importantes y, a la contra, no se entiende su impacto psicológico en quienes los combaten, que además parecen abusar de su manifiesta superioridad; nada les es perdonado. El victimista discurso del terrorismo se hace más visible. Una buena foto de represión puede significar la victoria decisiva; y siempre es posible obtenerla.

Cosa diferente de lo expuesto hasta ahora es la utilización de las Fuerzas Armadas en labores de apoyo a la actuación de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, de los auténticos especialistas, haciendo labores de protección de infraestructuras críticas, vigilancia..., e incluso alguna intervención puntual pero siempre en un segundo plano, esto es, apoyando no liderando. La seguridad mejora sensiblemente y no hay canon político por ello.

La colaboración internacional como eje de la respuesta. La ONU

Como se ha visto, nos encontramos ante un problema de dimensiones globales y que, por tanto, debe ser abordado por la sociedad internacional en su conjunto. Contra lo que parece e incluso contra lo que se predica, las fronteras han demostrado que no son un obstáculo para los terroristas, mientras, por el contrario, la fragmentación que imponen dificulta la cooperación interestatal. En este marco es obligado potenciar el papel de las Organizaciones Internacionales, comenzando por la Organización de las Naciones Unidas que, en su momento, fue identificada por al-Qaeda como uno de sus principales rivales.

Antes de evaluar el proceder de la ONU hay que partir de dos consideraciones básicas. Primero: La acción de la ONU, como el Derecho, en general sigue a los acontecimientos. Segundo: la ONU es un órgano de concertación política. Esto es, las decisiones adoptadas en su seno son decisiones políticas, no decisiones operativas. Por su nivel de inconcreción podrían parecer acuerdos de mínimos, pero suponen y representan la voluntad concertada de miles de millones de personas, una fuerza apabullante. Disponer de un lenguaje común y un espacio permanente de reunión no es una cuestión baladí, es la primera de las cuestiones, la cuestión cero, sin la que nada resulta posible.

Esas decisiones calan a nivel estratégico y con el tiempo llegan al nivel táctico, dotando de una mayor coherencia y sentido a las actuaciones comprendidas a nivel global. Esto es hasta tal punto así que podemos afirmar el papel fundamental de la ONU en la elaboración de la legislación criminal y antiterrorista. Y es que cada país cuenta con un sistema legal propio construido desde diferentes reglas y principios inspiradores, toda vez que el Derecho surge para dar respuesta a las demandas de cada cultura conforme a sus claves específicas. La diversidad así no es solo inevitable sino también deseable, en la medida en que supone adaptación al cuerpo social; al final la realidad es una y eso hace las respuestas no muy diferentes entre sí, pero no iguales. También es deseable la existencia de mecanismos de interfaz, así como de una base común, esto es, de una similar comprensión de los grandes crímenes de relevancia internacional.

La labor de la ONU en este sentido es capital, pues ayuda a pensar en clave internacional y desde los valores auspiciados por la Carta. Es más, puede afirmarse que ha hecho evolucionar la conciencia internacional sobre el terrorismo por más que los arabescos inherentes a la acción diplomática y su diferente concepto del tiempo puedan trasladar otra impresión. Su labor favorece una cultura común ya que ha contribuido a fijar un lenguaje, estandarizando el significado de las palabras, y con ello, ha favorecido el mutuo entendimiento, lo que posibilita su adecuación al marco legal de cada país, generando procedimientos y principios acción. Esto a su vez, ha provocado una nueva expansión de la normativa, ya que esta requiere de

la generación de protocolos adicionales para su implementación. Todo ello lo ha hecho desde el respeto a los Derechos Humanos que se han visto así potenciados.

Eso no quita la existencia de problemas de interpretación sobre los conceptos a nivel regional/internacional. Dependerá del marco elegido y es una de las razones para que no se alcance una definición de terrorismo. Otro problema añadido es la dispersión y fragmentación de las actuaciones de la ONU, fruto de las numerosas agencias implicadas en ella.

La ONU ha elaborado 14 convenios y 4 protocolos respondiendo a las necesidades básicas y preocupaciones que se le iban presentando en cada momento. En los años 70 secuestros aéreos, tras la Caída del Muro el problema de la proliferación y las Armas de Destrucción Masiva, y a partir del 2000 el terrorismo global. Como resultado, desde 1972, la ONU ha aprobado distintas resoluciones y dos convenios y la Estrategia Global contra el Terrorismo. El hecho decisivo en esta evolución, serían los atentados del 11S que motivaría se invocase el artículo 51 de la Carta que fija la legítima defensa individual y establece una obligación de cooperación a los Estados miembros. El 28 de septiembre, el Consejo de Seguridad, invocando nuevamente el Capítulo VII aprueba la Resolución 1373 en la que se imponen obligaciones políticas, legales y financieras a los Estados y se exige la ratificación de convenciones y protocolos⁴⁷.

La resolución por primera vez, y esto es extraordinariamente importante, impone obligaciones legales a todos los Estados, en vez de sanciones a culpables. Los Estados deben criminalizar el terrorismo, siendo esta una obligación legal y política. El debate de las causas estructurales queda apartado denunciándose la metodología terrorista con independencia de su causa⁴⁸. Todos los países que padecían el terrorismo, incluida España, se vieron beneficiados por la medida.

La acción de la ONU en el campo antiterrorista incorpora la ventaja comparativa que su legitimidad como actor global le confiere. A esto, que no es poco, se suma la fuerza moral de ser paladín de los Derechos Humanos y el Estado de derecho⁴⁹. La respuesta al terrorismo global debe abarcar todo el espacio político disponible.

La ONU está llamada a ser la cabeza, a liderar al rebufo de su legitimidad, un movimiento lo más amplio posible que dé respuesta, a nivel global, a los retos que plantea el terrorismo; un movimiento que debe incluir no solo a Estados sino

⁴⁷ RUPÉREZ, Javier. «Las Naciones Unidas en la lucha contra el Terrorismo. Primer balance». Cuadernos de Pensamiento Político. Enero/marzo 2005.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ CHOWDHURY FINK, Naureen; ROMANIUK, Peter; MILLAR, Alistair; IPE, Jason; «Blue Sky II. Progress and Opportunities in Implementing the UN Global Counter-Terrorism Strategy» Global Center on Cooperative Security, abril 2014.

a otras organizaciones y movimientos civiles⁵⁰, y especialmente, a las víctimas llamadas a ocupar un lugar central en la lucha. Los problemas de la respuesta de la ONU pueden concentrarse en dos: fragmentación e implementación.

En cualquier caso, la ONU debe hacer visibles y conocidos los éxitos de su trabajo, como una forma más de legitimarse y ser eficaz, toda vez que el propio mensaje la dota de nuevas fuerzas debiendo, por tanto, insistirse en el papel de la comunicación estratégica más allá de la mera retórica. Buena parte del éxito es la imagen del mismo. Los resultados de la labor de la ONU como legislador se han visto afectados por la falta de medios para su implementación y monitorización. Se han de encontrar los indicadores adecuados que otorguen un conocimiento de la situación lo más exacto posible, permitan su seguimiento y reevaluación posibilitando la implementación eficaz de nuevas medidas en un tiempo razonable para obtener resultados acordes al mandato recibido. Ello trae consigo el deslinde de lo político y lo operativo, y la asignación real de un área específica de despliegue ONU eficaz. Progresar en esta lucha es necesario⁵¹.

Aun es más, todavía quedan Estados que no han suscrito los convenios y convenciones internacionales contra el terrorismo ni las ocho recomendaciones contra la financiación emitida por el GAFI. Incluso ha habido Estados que se han demorado a la hora de acatar las medidas adoptadas por el Comité Contra el Terrorismo perjudicando la lucha contra al-Qaeda y el terrorismo Global. De hecho, puede afirmarse que las sanciones del Consejo contra al-Qaeda y los talibanes no han sido suficientemente apoyadas y cumplidas por los Estados miembros.⁵² Y si eso es así en un tema tan crítico y que suscita tanta unanimidad como la lucha contra el terrorismo, en otros campos se ha de esperar mucho más. La capacidad de legislar de la organización no es acorde con los medios que cuenta para implementar las disposiciones que aprueba y hacer un seguimiento de lo actuado por quienes tienen la responsabilidad de hacerlo.

Ciertamente la ONU precisa adecuarse al escenario geopolítico del siglo XXI, pero con sus defectos es un elemento clave en la coordinación a nivel político de la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado. Lo bueno no es siempre lo mejor y el sistema internacional antes que ser justo (lo cual siempre resulta conveniente) necesita funcionar. No conviene confundir la realidad con los propios deseos; se debe aceptar un cierto retraso del Derecho sobre los sucesos que trata de controlar, pero el Derecho no ha podido seguir a la globalización a la velocidad que debiera, y esa es la raíz del problema toda vez que el espacio internacional se encuentra tan desregulado hoy y orientado por políticas de poder como lo estaba el Estado en los albores de la llegada del maquinismo.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ <http://www.un.org/es/terrorism/highlevelpanel.shtml>

⁵² *Ibidem*.

Los juicios sobre organizaciones como la ONU que adolecen de los defectos inherentes al gigantismo, la autojustificación y los intereses de propio cuño, precisan realizarse con la debida perspectiva y plazo. La ONU es una organización sin lugar a dudas útil, por muy mejorable que pueda llegar a ser. Este solo planteamiento debe hacer reflexionar sobre la necesidad de potenciar la comunicación estratégica de la organización en un mundo en el que la imagen es un factor crítico. Y no solo referida al terrorismo, que también.

Su labor implica el consentimiento de miles de millones de personas, por lo que su papel ha sido, es y será relevante. Para luchar contra estas plagas del siglo XXI hace falta un lenguaje común, un marco para su realización, una base legal común en lo esencial y dentro de la necesaria diversidad, así como mecanismos establecidos y eficaces de cooperación e intercambio. Profundizar en la concertación en los niveles operativos y tácticos es el siguiente paso. Así, la asistencia técnica a los Estados que no cuentan con las capacidades necesarias es esencial, igualmente la vigilancia sobre la implementación efectiva de las medidas necesarias para el cumplimiento de convenios y resoluciones del Consejo de Seguridad.

El espacio europeo como espacio de cooperación

La Unión Europea ocupa un espacio de centralidad en el proceso, no en tanto que campo de batalla mediático y secundario en el que el terrorismo yihadista ha desplegado sus acciones, sino por el carácter nuclear que le otorgan unos valores propugnados desde el ejemplo y el éxito en todos los términos con los que se ha saldado su implementación, lo que le dota de una legitimidad adicional con la que otros actores por sí solos no cuentan y que supone la voluntad concertada de 580 millones con una tradición histórica de democracia detrás.

El espacio Schengen ha propiciado un marco creciente de concertación y coordinación de las actuaciones policiales y de inteligencia que ha crecido exponencialmente especialmente a partir de 2015, después de los atentados de Charlie Hebdo. Las directrices políticas han permeado a nivel operacional y táctico, aunque hay margen de mejora hasta los límites del intercambio en tiempo real. Se ha generado una cultura de colaboración fruto de la cual han aparecido redes de contacto, formales e informales y un espacio de confianza e interacción. Aunque se ha avanzado en estas cuestiones, es preciso incrementar la cooperación internacional, dentro y fuera de la Unión, en asuntos policiales, judiciales, de inteligencia y penitenciarios, así como para cegar el acceso de los terroristas a recursos financieros.

Distintos grupos, agencias y reuniones institucionalizadas de todo tipo aseguran la concertación de las acciones, no obstante, estas por su amplitud, no pueden ser objeto de este capítulo. Pero esto no puede convertir a la Unión en una reedición más de la «Fortaleza Europa».

Europa, aunque solo sea por su propio interés, debe propiciar la estabilidad de su entorno que alcanza hasta el Sahel y con ello reducir las condiciones socioeconómicas que sirven de caldo al terrorismo. Piénsese las consecuencias que podrían tener la inestabilidad de países como Argelia y Marruecos dado el peso que tiene su emigración en el continente o pondérense las importantes cifras de yihadistas de la vecina región del Rif. Su seguridad es la nuestra.

En fin, Europa debe seguir la estrategia para combatir el terrorismo yihadista que funcionó bien en España contra un enemigo terrible. Unidad política, solidaridad con las víctimas, fomento decidido de la cooperación internacional, principalmente en asuntos policiales y financieros, respeto a la legalidad, confianza en el trabajo de las fuerzas de seguridad y los servicios de inteligencia, añadiendo en este caso el pleno respaldo a los esfuerzos internacionales para degradar al yihadismo. No obstante, debe tenerse en cuenta que las medidas antiterroristas son fundamentalmente responsabilidad de las naciones⁵³.

Los Estados fallidos y el yihadismo

Uno de los principales problemas que se le plantea a la sociedad internacional es el provocado por los denominados Estados fallidos, entes que son objeto de derecho y regulación pero que incumplen su función principal y fracasan en el monopolio de la violencia legítima, permitiendo que, en un territorio y al resguardo del paraguas de una soberanía ficticia y la no injerencia en los asuntos internos, se desarrollan actividades contrarias al Derecho Común y que, consecuentemente, pueden acabar por exportar inestabilidad al conjunto de la región, al permitir que se instale en ella grupos criminales y terroristas. Esta idea enlaza con el denominado derecho de injerencia idea contrapuesta al principio de soberanía. Ambos conceptos son reclamados simultáneamente por las sociedades del siglo XXI, sin que exista una fórmula que permita resolver el caso con carácter general. El Consejo de Seguridad puede ser una solución al problema planteado. Para más ende, la solución prevista.

Las intervenciones de la comunidad internacional hacen que la adopción de actitudes preventivas sea algo más que discutible en la medida en que se ha comprobado que lejos de resolver el problema, genera consecuencias desestabilizadoras para el conjunto de la región y sitúa a los Estados democráticos en contradicciones difícilmente irresolubles, motivadas por el desarrollo de una política exterior que no es una prolongación necesaria de sus valores ni de su política interior y que hace dudar de los intereses que sirven para

⁵³ AYUELA, Francisco; AZNAR, Federico. «El trampantojo del terrorismo yihadista». DIAEE 30-2016 http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2016/DIEEEA30-2016_Trampantojo_Terrorismo_FAFM_J.Ayuela.pdf

auspiciarla. Y, además, supone implícitamente la responsabilidad de asumir las acciones y costos que contribuyan a ello, durante un largo periodo de tiempo.

No se trata de ganar ninguna guerra, entre otras razones porque, como ya se vio, el desequilibrio de las armas es manifiestamente favorable a Occidente, y la victoria es claramente insuficiente sino en algo más complejo y creativo como es ganar la paz, esto es en la resolución política del contencioso planteado. Visto así el diagnóstico es otro. El problema se sitúa en qué hacer con la victoria después de obtenerla, cuál es su utilidad. Entrar en guerra se convierte en el siglo XXI en un compromiso para Occidente con el desarrollo del vencido, de quien uno se hace responsable en virtud de la violencia practicada. La victoria se torna en costosa, en un compromiso que se adquiere sobre la base de las causas humanitarias que justificaron el conflicto.

Tal compromiso requiere de reforzar Estados debilitados, productos de sociedades igualmente debilitadas cuando no fracturadas, con objeto de transformar la violencia en un proceso constructivo y cambiar de paso la referencia. Se fortalece al Estado con el propósito final de fortalecer la sociedad, que es el auténtico órgano enfermo y el corazón del problema; se trata de practicar la pedagogía, lo que precisa de tiempo.

Y es que los valores de la democracia deben aplicarse igual dentro que fuera, en tiempo de paz como en tiempos de conmoción, que es precisamente para cuando están o deben estar. Las misiones a que se ven abocadas las fuerzas militares en este contexto ya no están asociadas fundamentalmente al uso de la fuerza (aunque parte de ellas se empleen en labores de contención de esta) sino más bien a la reconstrucción del Estado y de la sociedad ejerciendo para ello funciones no específicamente militares y de Administración civil, e incorporando directamente a otros actores humanitarios además de personal civil especializado; paulatinamente, y conforme la violencia va cediendo, los militares van siendo sustituidos paulatinamente por personal civil. Y son compromisos que se prolongan en el tiempo. Las fuerzas desplazadas a la antigua Yugoslavia, un país culturalmente cercano, llevan ya más de 25 años allí.

Por otra parte, y conforme a lo apuntado por Oliver Roy, desactivar los movimientos islamistas pasa por propiciar su inserción en el Estado. Y es que la institucionalización del islamismo implica su renuncia a la vía revolucionaria y su encuadramiento en la lógica del Estado Nación, así como la postergación de las referencias ideológicas transnacionales en beneficio de objetivos nacionales. La experiencia habida nos indica que eso traería consigo su desideologización como fuerza nacional limitando su actuación, en términos prácticos, a una reislamización de las costumbres y el derecho desvinculada de cualquier otra veleidat; esto es, a la reislamización desde arriba. En otro caso se produciría su colapso y relevo, como sucedió en Egipto porque si la occidentalización ha tenido sus límites, la orientalización se ha demostrado que también cuenta con ellos.

Y es que la llegada al poder de los radicales puede también situarles frente a sus contradicciones entre su credo y la necesidad de atender a las demandas reales de la población y aceptar su concepción religiosa. Estos países no pueden vivir al margen de Occidente, cuyo apoyo y financiación precisan, en un mundo que se ha plegado sobre sí mismo; nadie es una isla, ni siquiera por voluntad propia. La clave de todos los problemas se sitúa, otra vez, en fortalecer el Estado para conseguir que este se adapte mejor a la sociedad sobre la que se instala, mientras se satisface sus demandas y se ofrece una salida y futuro a sus ciudadanos, al tiempo que la pedagogía primero y la acción policial después, evitan la radicalización.

La lucha contra el terrorismo yihadista

El terrorismo hasta el nuevo milenio había sido un fenómeno específico de un concreto marco, de una única cultura y mayoritariamente interestatal. Había y hay un terrorismo transnacional que es aquel cuyas bases están en un país y desarrolla toda o parte de su actividad en otro. Un terrorismo internacional que es aquel cuya agenda es local y se desarrolla en distintos países atendiendo a su agenda esto es, a sus finalidades locales. El terrorismo global, el nuevo fenómeno, es el que cuenta con una agenda para el mundo y, además se desarrolla por todo el planeta.

La globalización ha hecho del terrorismo intercultural un fenómeno cada vez más frecuente. Comprender el terrorismo intercultural es aún más difícil en la medida en que sus efectos tienen que tener en cuenta a las sociedades de su público y de su objetivo. Por eso desecha a las sociedades sobre las que se actúa; ese desprecio hace posible los atentados indiscriminados.

Es interesante y muy sugerente observar las cifras con recuentos de atentados y víctimas. En ellos se constata fehaciente y trágicamente la diversidad de la Unión Europea, pero también su alto nivel de integración y el avance de la globalización, macabramente cifrado a través del número de fallecidos oriundos de terceros países pertenecientes o no a la Unión. Sus altos números son una medida del drama pero también, paradójicamente, una prueba del éxito de unas sociedades que, con todo, han demostrado que saben convivir en libertad. La tragedia (Madrid, París, Niza...) es, de esta manera y además, una radiografía social que presenta la globalización, como un proceso imparable; es preciso aceptar esta naturaleza que nos obliga, indefectiblemente a convivir en pluralidad. En un mundo globalizado, las pandemias por más que se puedan retrasar, no se pueden detener.

La lucha contra el terrorismo incorpora sin duda medidas de corte coactivo, pero no son estas las más trascendentes toda vez que la complejidad que encarna obliga a medidas en positivo, de construcción, y estas son siempre de tipo pedagógico y, consecuentemente, se encuentran orientadas al largo plazo. La debilidad del terrorismo hace que sea más interesante defender

el centro de gravedad propio que atacar el de los terroristas, entre otras razones porque la lucha contra el terrorismo no puede ser considerada una suerte de guerra; el tiempo, el largo plazo, es siempre enemigo de la emocionalidad terrorista. La ley de la gravedad es universal: las cosas abandonadas a sí mismas, caen por su propio peso.

En esta lógica, también han sido asesinados numerosos europeos fuera de las fronteras de la Unión. Muchos de ellos son militares y civiles empeñados en la lucha contra esta lacra en escenarios como Afganistán, Irak, Líbano, Mali, Somalia pero también hay gentes de toda condición y edad en países como Arabia Saudí, Argelia, Bangladesh, Burkina Faso, Costa de Marfil, Egipto, Estados Unidos, India, Indonesia, Kenia, Marruecos, Pakistán, Turquía o Túnez.

Los cruces de violencias son notables y nos afectan a todos. Por ejemplo, hay 7 israelíes y el conductor que los transportaba, muertos en un atentado en 2012 en Bulgaria; y 7 turcos y 1 griego asesinados por neonazis en Alemania entre 2001 y 2006. El último atentado mortal de la organización terrorista ETA fue un policía francés en 2010. El grupo está en riesgo.

Resulta muy interesante observar los datos suministrados por EUROPOL toda vez que estos dan una radiografía muy aproximada de este nivel. Fijémonos en tres países Portugal, Bélgica y España. Así, por más que Portugal haya podido escapar de sus más graves daños, no se ha librado de su amenaza; de hecho, la menor relevancia de la amenaza yihadista, hasta cierto punto, lo ha convertido en una retaguardia.

Los atentados de Túnez de marzo de 2015, han unido peligrosamente a los dos países ibéricos; de los 23 fallecidos uno era portugués y otros dos, una pareja de jubilados españoles. Entre los fallecidos en 2015 de París, había tres españoles y dos portugueses. Sin embargo la naturaleza de la comunidad musulmana portuguesa es sensiblemente diferente a la española. Esta está integrada por musulmanes provenientes de las antiguas colonias; el peso de la emigración reciente es más reducido que en España; y las segundas generaciones no han alcanzado la mayoría edad⁵⁴.

La visibilidad con que cuenta esta comunidad y la propia forma portuguesa para abordar los diferendos ha favorecido el que los problemas no se hayan exacerbado, como bien prueba el hecho de que mientras países como Bélgica, con un peso demográfico equivalente al portugués, han desplazado 400 combatientes a Siria, o la propia España 206, portugueses según EUROPOL no se han desplazado ninguno. Y eso es resultado de una comunidad que no se encuentra mal integrada.

La cohesión social se muestra así el centro de gravedad de la lucha contra el terrorismo. La globalización tiende a hacer desaparecer las líneas de

⁵⁴ http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_en/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_in/zonas_in/international+terrorism/ari113-2010

fractura, las discontinuidades. Por ello, y utilizando las palabras de Robert D. Kaplan «la guerra contra el terrorismo consistía a fin de cuentas, en domesticar la frontera». Todo lo que supone límites, fronteras, puede ser un problema: rompe la continuidad. Las policías salen al exterior y las Fuerzas Armadas son desplegadas en el interior de sus naciones. Por el contrario las policías militarizadas pueden cruzar la frontera dando continuidad al territorio y sin tener que preocuparse por si persiguen a yihadistas, delincuentes comunes, terroristas o a soldados.

La cuestión es que esta amenaza es, como ya se ha visto, «intermética», interior y exterior simultáneamente. Y esto merece una especial consideración. Cuando Troya destruyó sus murallas para permitir la entrada de un caballo construido, por si fuera poco, como ofrenda para una diosa hostil, se convirtió, según la tradición —ya por ello Rómulo mató a Remo⁵⁵— y por ese solo acto, en enemiga de sí misma. Un Estado no puede ser hostil a una porción de su sociedad, va contra su esencia integradora; el objetivo es combatir a los terroristas evitando ese supuesto. La distinción entre unos y otros constituye una necesidad básica, crítica, y debe ser muy explícita; esto es un problema grave y delicado. Como reza el dictado bíblico en boca del mismo Jesucristo: «Todo reino dividido contra sí mismo queda aislado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir».

Por tanto, el principal valor a proteger frente a los ataques queda cifrado en la integridad de la sociedad. Y, consecuentemente, la medida del éxito en la lucha contra el yihadismo queda definida por la integración de estos colectivos en las sociedades occidentales a través de costuras que, sin buscar la asimilación que es un concepto diferente al de integración, tiendan a desaparecer. De ello puede deducirse que la manera de operar contra este tipo de terroristas es actuando contra el conjunto del grupo y con medidas no solo policiales y represivas —que también, pero residuales y situadas en un segundo plano; su inmediatez y urgencia, no debe hacer perder de vista el carácter esencial y principal de las políticas a largo plazo— sino pedagógicas, orientadas a acabar con el discurso que las legitima y a hacer que este sea desenmascarado y no sea aceptado en la comunidad islámica. Es más fácil y estadísticamente más efectivo reducir el tamaño de los grupos potenciales que perseguir a los individuos ya radicalizados. Se trata, simultáneamente, de respetar la identidad de esos colectivos y buscar su integración, propiciando el reconocimiento primero y la mutua aceptación después, favoreciendo el acercamiento entre comunidades. Se precisan de políticas públicas en este sentido, una opción de largo plazo.

Y no solo eso, la comunidad musulmana debe ser literalmente la punta de lanza en esta lucha; sin su concurrencia, sencillamente, no es posible aca-

⁵⁵ Rómulo, para delimitar Roma, trazó un recuadro con un arado en lo alto del monte Palatino y juró que mataría a quien osase traspasarlo. Remo le desobedeció y cruzó con desprecio la línea, por lo que su hermano le mató y quedó como el único y primer rey de Roma.

bar con el fenómeno yihadista. Sus líderes políticos y religiosos deben integrarse en la respuesta y no solo condenar los atentados, sino apoyar que sean los miembros de esta comunidad, que son quienes mejor los conocen y, por tanto, quienes con más precisión y menos daño pueden operar contra ellos, los que denuncien los procesos de radicalización, a los radicalizadores y a los radicalizados, evitando su progresión hacia el terrorismo al tiempo. Deben sentirse, por tanto, responsables de cada asesinato ejecutado en su nombre y, por tanto, contribuir a la deslegitimación del grupo terrorista.

Esta actitud sin duda constituye una importante ayuda a la integración de la comunidad musulmana en el conjunto de la sociedad, propiciando su reconocimiento y haciendo que se disuelva cualquier atisbo de desconfianza o rechazo. Además, la lucha que se dirime es también y sobre todo entre los propios musulmanes y por la representación del mundo islámico. El 95 % de las víctimas del terrorismo yihadista son musulmanes, dato cuya repetición nunca será excesiva. Legitimidad y representación son siempre los dos hitos en los que se dirime la lucha contra el terrorismo.

Eso solo es posible cuando se ha alcanzado la integración de esas comunidades, y resuelto con ello los problemas de identidad que la falta de tal necesariamente trae consigo. De hecho, la cuantificación de su participación en la lucha, nos da la medida del grado de integración alcanzado que debe empezar por el nivel político para acabar permeando al nivel social más básico.

El terrorismo siempre viene de dentro y, por tanto, debe ser combatido igualmente desde dentro. Cuando se combate desde fuera se parte de un déficit de legitimidad. La colaboración de la comunidad musulmana, es así altamente eficaz, poco invasiva, supone una legitimación del Estado y es una medida de su grado de integración. La cuestión es que dicha comunidad no es una entidad, un todo homogéneo, lo cual no es necesariamente malo; se encuentra integrada por diferentes subidentidades en gran medida nacionales, conformando un collage con diferentes niveles y grados de integración. Para fomentar esta es imperativo institucionalizarlas; dotarlas de representación e incluir esta en el sistema, es siempre un primer paso.

En cualquier caso, el terrorismo para vencer precisa debilitar a la sociedad contra la que actúa; su victoria es más improbable cuanto mayor es la solidez de esta. Por tanto, es imprescindible trabajar en la resiliencia del grupo social, evitar las fracturas o su ensanchamiento y, sobre todo, los choques intercomunitarios, que es lo que las estrategias de estos grupos fomentan como forma de obligar a tomar posición a la totalidad del grupo social, incorporándolos así a la comunidad militante y rompiendo la frontera interior-exterior.

Alcanzar esto que solo es posible a largo plazo, a nivel estratégico y político, y para ello es imprescindible un discurso, una narrativa propia, que alinee objetivos y acciones y sea reconocida primero, y aceptado como propio por la comunidad después. No tenerlo supone el desencaje de los planos táctico,

operacional y político. No caben estrategias reactivas (es una *contradictio in terminis*); estas deben formar parte de una cuerda más amplia que incluya lo ético, operacional y lo político. Es imprescindible repetir la propia historia, una historia común, como si de un mantra se tratara. Este discurso propio no precisa ser confrontado como pretenden los yihadistas. Debe ser un discurso mejor, una narrativa inclusiva, una oferta que asuma la narrativa de los otros y disuelva sus demandas. La democracia es clave pues tal es su función. Es preciso mostrar un futuro común y de progreso y una sola comunidad, que satisfaga a un tiempo las necesidades de identidad, el sentirse diferentes, y de pertenencia, el sentirse miembros.

Para terminar con la narrativa terrorista, es preciso neutralizar sus símbolos movilizados, pues con ello se liquida la violencia estructural. Sin la narrativa yihadista la violencia se transforma en un fenómeno irracional y ditirámico. Consecuentemente, conviene considerar lo que un personaje como Hitler afirmaba: «los partidos políticos se prestan a compromisos; las concepciones ideológicas jamás»⁵⁶.

La razón es sencilla: Si una ideología —en tanto que selección concatenada de ideas y hechos— hace concesiones o se ve obligada a tratar cuestiones que no contempla, se desmonta, se desarticulan las líneas de pensamiento que sostiene, pierde su conexión con la razón y desartaba el imaginario deseado, perdiendo su ficticia coherencia. Es más cuanto mayor sea el número de cuestiones que tenga que dirimir, mayor será su debilidad, toda vez que su éxito se articula en el simplismo mediático.

Si el Daesh rechaza, la esclavitud, por ejemplo, que se encuentra explícitamente recogida en el Corán, no cabe que asevere que hace una lectura literal de su texto sagrado y se deslegitima; por otra parte, como hace, asumir la esclavitud en el siglo XXI es, incluso para ellos, anacrónico. Al-Qaeda, por el contrario no entra en tal cuestión. Su estrategia es prisionera de su rigidez.

La solución, pues, pasa por una pedagogía mediática que obligue a tomar en consideración lo que sistemáticamente excluyen dejando en evidencia las inconsecuencias del constructo yihadista, sus saltos argumentales y su falta de propuestas; presentando, de paso, a las víctimas como seres humanos, y devolviendo el dolor al espacio social que lo produce.

Y es que otra cuestión que contribuye a fortalecer a la sociedad se encuentra relacionada precisamente con las víctimas. Estas deben hacerse visibles y utilizar esa visibilidad como un factor aglutinante, central de modo que, sin instrumentarlas, se promueva la adhesión de la comunidad. La conducta seguida con las víctimas queda consignada como una medida de la solidez de una comunidad.

⁵⁶ GRUNDY, Kenneth W. Las ideologías de la violencia., Ed.Tecnos, 1976, p. 58.

Todo ello ha de acometerse desde las propias referencias, sin alterar los valores sobre los que se cimienta la convivencia y que deben ir más allá de lo retórico, para ser la piedra angular en la que convergen Estado y sociedad. La población debe ser consciente de que se trata de una lucha a largo plazo, que esta es fruto, continuación y expresión de los valores de la sociedad, que la magia no existe pero que los terroristas y sus propuestas, con todo, y pese a la complejidad, no tienen futuro. Los valores propios no pueden ser degradados para conseguir una puntual ventaja en una lucha para la que no hay soluciones a corto plazo, o buscando unos niveles de seguridad inalcanzables.

No caben soluciones mágicas. Es muy difícil acabar con organizaciones como las yihadistas que trabajan en régimen de franquiciado. Este terrorismo, como el mal, no puede ser erradicado pero sí puede ser reducido, degradado hasta conseguir situarlo dentro de límites aceptables, un umbral de riesgo juzgado satisfactorio, pero para lograr esto es imprescindible contar con la colaboración de la comunidad musulmana y eso pasa por su integración en el conjunto de la sociedad.

Toda vez que el reto es global también la respuesta ha de serlo. Esta es una labor de la comunidad internacional en su conjunto, que si por una parte cuenta con un innegable poder, también es cierto que dispone de una no menor legitimidad. Es preciso concertar esfuerzos pero también normas e información, fomentando una cultura de colaboración que genere nuevas sinergias. El espectáculo de una respuesta desproporcionada o de división entre las naciones europeas es algo que debe evitarse a cualquier precio.

En este contexto, es obligado, imprescindible, preservar intactas las estructuras del Estado e incluso reforzarlas. El Estado debe hacerse visible frente a estos desafíos, lo cual no implica necesariamente ninguna actuación excepcional o adicional. La rapidez en la respuesta, la restitución del orden, así como asegurar la continuidad en el funcionamiento de sus estructuras, se muestra como un factor crítico en el conjunto del proceso como para minorar los resultados psíquicos del ataque y devolver la confianza a la comunidad. El Estado precisa hacerse visible después de cada ataque. La restitución del servicio de cercanías al día siguiente del 11M fue muy bien valorado por la comunidad internacional. El Estado tiene su sentido en la sociedad a la que sirve y, sino lo hace, queda cuestionado. Su credibilidad es esencial para su propia supervivencia.

El yihadismo no es propiamente un problema militar. Su relevancia y capacidad de actuación en Occidente no dan para tanto. Es sin duda un problema político, de seguridad... pero militar no. Un despliegue militar, como actualmente mantienen países como Italia o Francia, sin duda daría tranquilidad a una ciudadanía sobresaltada y mejoraría las condiciones de seguridad. No obstante, incorpora un peaje en términos de reconocimiento de la capacidad de la contraparte que conviene ponderar convenientemente. Y aporta poco al desmontaje de sus estructuras operativas. Al terrorismo yihadista se le derrota con prevención, evitando la radicalización; policialmente, deteniendo

a sus activistas; y políticamente, deslegitimando su discurso, incluyendo a la comunidad musulmana en el empeño y ofertando una narrativa mejor al tiempo que se resuelven las causas que han provocado su aparición.

Tampoco se puede caer en la ingenuidad estratégica. Todo enemigo tiende a la adaptación y la estrategia occidental será contestada por los terroristas yihadistas acostumbrados a explotar hábilmente la falta de coherencia y continuidad en la respuesta estratégica de Occidente. Es preciso encontrar un adecuado balance entre la conveniente firmeza y la necesaria serenidad estratégica en los momentos difíciles, que desafortunadamente no escasearán⁵⁷. La maldad es polimórfica y muy difícil de erradicar por completo.

El equilibrio entre la mesura y la contundencia, de firmeza y serenidad estratégica, debe ser la base del diseño de las políticas precisas, unas políticas concertadas internacionalmente y no solo aceptadas sino apoyadas por las comunidades musulmanas, que además deben ser la base que sustente la estrategia europea y nacional contra el terrorismo. Hay que perder para ganar y continuar disfrutando del entorno de libertades de nuestras sociedades, a ser posible, sin merma alguna. No hacerlo así, sería una victoria para los terroristas. No se necesitan sociedades menos libres sino sociedades más pacientes y resistentes. El terrorismo es un fenómeno político y su derrota solo puede venir igualmente de la política.

Bibliografía

- ARENDT Hannah. *Crisis de la República*. Taurus, Madrid 1973.
- ARON, Raymond. *Guerra y paz entre las naciones*. Revista de Occidente, Madrid 1963.
 - *Pensar la guerra, Clausewitz*. T. II. Ministerio de Defensa, Madrid 1996.
- AYUELA, Francisco; AZNAR, Federico. «El trampantojo del terrorismo yihadista». DIAEE 30-2016.
 - http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2016/DIEEEA30-2016_Trampantojo_Terrorismo_FAFM_J.Ayuela.pdf
- CHOWDHURY FINK, Naureen; ROMANIUK, Peter; MILLAR, Alistair; IPE, Jason; «*Blue Sky II. Progress and Opportunities in Implementing the UN Global Counter-Terrorism Strategy*». Global Center on Cooperative Security, abril 2014.
- COHN-BENDIT, Dany. *La revolución y nosotros que la quisimos tanto*. Editorial Anagrama, Barcelona 1987.
- DAVID, Charles-Philippe. *La guerra y la paz*. Icaria, Barcelona 2008.

⁵⁷ AYUELA, Francisco; AZNAR, Federico. «El trampantojo del terrorismo yihadista». DIAEE 30-2016. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2016/DIEEEA30-2016_Trampantojo_Terrorismo_FAFM_J.Ayuela.pdf

- DE PABLO PARDO, Luís María *Prólogo* al libro de MAO TSE TUNG. *La Guerra de Guerrillas*. Editorial Huemul S.A. Buenos Aires 1966.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus. *Política y delito*. Seix Barral, Barcelona 1968.
- ESCRIVÁ, Ángeles. «El altavoz del terror del Estado Islámico». *Diario El Mundo*. 26-11.2016
 - <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/26/58385a4fe2704e2c3a8b45b5.html>
- GLUCKSMANN, André. «El Discurso de la guerra». Editorial Anagrama, Barcelona 1969,
- GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés; MORÁN BLANCO, Sagrario. *Asimetría, guerra e información*. Editorial Dilex, Madrid, 2009.
- GRUNDY, Kenneth W. *Las ideologías de la violencia*, Ed. Tecnos, 1976.
- HITLER, Adolf. *Mi lucha*. Ediciones Bausp, Badalona 1974.
- HOFFMAN, Bruce. *Historia del terrorismo*. Espasa Calpe 1999.
 - <http://www.un.org/es/terrorism/highlevelpanel.shtml>
 - http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_en/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_in/zonas_in/international+terrorism/ari113-2010
- IGNATIEFF, Michael. *El mal menor*. Editorial Taurus, Madrid 2005.
- JENKINS, B. M.: «The Future Course of International Terrorism», *The Futurist*, vol. 21, n.º 4, 1987.
- JONES, Seth G. «A Persistent Threat. The Evolution of al Qaeda and other Salafi Jihadists».
- JORDÁN, Javier; CALVO, José Luís. *El nuevo rostro de la guerra*. Ediciones Universidad de Navarra, Barañáin 2005.
- LAQUEUR, Walter. *Terrorismo*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid 1980.
- LAWRENCE, T.E. *Los siete pilares de la sabiduría*. Editorial Óptima, Barcelona 2000.
- MAO TSE TUNG *La Guerra de Guerrillas*. Editorial Huemul S.A. Buenos Aires 1966.
- MEIJER Roel (Coord.). *Globalsalafism*. Hurst & Company, Londres, 2009.
- MIKUNDA, Emilio. *Derechos humanos y mundo islámico*. UNED, 2001.
- MUSASHI, Miyamoto. *El Libro de los Cinco Anillos*. Miraguano S.A. Ediciones, Madrid 2004.
- PIZARRO PIZARRO, José A. *La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea*. Tesis doctoral Universidad Complutense, Facultad de Geografía e Historia 2007.
- RODRÍGUEZ-VILLASANTE Y PRIETO, José Luis. *El derecho internacional humanitario como instrumento en la lucha contra los actos de terror*. Tirant lo Blanch, Valencia 2007.

- SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Folios Ediciones, Buenos Aires.
- TILLY, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Alianza Editorial, Madrid 1992.
- YEATS, W. B. *Antología Poética*. Editorial Lumen, 2005. Versión rimada de Daniel Aguirre.
- ZURUTUZA MUÑOZ, Cristina; PÉREZ MARTÍNEZ, Víctor Manuel. «El mensaje de la acción terrorista: qué y por qué comunica». Universidad San Jorge.
 - <http://cud.unizar.es/docum/16%20comunicacion%20czurutuza-vm-perez.pdf>

